

FBI

**CADAVER
NO
IDENTIFICADO**

LOU CARRIGAN



FBI



ER

Título del original, en inglés:
CORPSE NOT IDENTIFIED

© Lou Carrigan
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Número de Registro: 4.747-65.
Depósito Legal: M. 3.880-1966.

Printed in Spain

Rafael F. Carasa. Impresor. Madrid

LOU CARRIGAN

Cadáver no identificado

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de LOU CARRIGAN publicadas en
nuestras colecciones:

Colección F.B.I.:

- Núm. 738.—Espía profesional.
- » 752.—El gran traidor.
- » 758.—Cariño: este tipo está muerto.

Colección U. S. MARSHAL:

- Núm. 6.—Ha pasado un «marshal».
- » 9.—Frío de muerte.
- » 25.—Una placa para dos.

Colección RURALES DE TEXAS:

- Núm. 120.—A la caza del hombre.
- » 126.—Siempre ganan los rurales.
- » 132.—Cuartel de rurales.

Colección CORNILARGO:

- Núm. 19.—Cuestión de valor.
- » 23.—Ese hombre con revólver.

Colección PANZER DIVISION:

- Núm. 5.—Camino de hielo.
- » 11.—«Alexandria».
- » 27.—Tu fría tumba.

Colección GANGSTERS:

- Núm. 164.—Silencio: llega un ladrón.
- » 170.—Un muerto simpático.
- » 172.—Cogido en sus redes.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

- Núm. 148.—Hara-kiri.
- » 156.—Los esclavos.

PRELUDIO

ELLA sonrió, invitadora.

—¿No quieres entrar a tomar una copa? Y él aceptó:

—Con gusto, Mary.

Mary Carson abrió la puerta de su apartamento, entró y sonrió de nuevo al hombre, que entró tras ella apenas encendió la luz del vestíbulo. Mary cerró la puerta y precedió al hombre, tarareando una cancioncilla. Parecía deliciosamente feliz, como si además de ir bailando fuese a echarse a volar de un momento a otro.

El pasillo corría hacia la derecha, dejando a la izquierda la pared de separación respecto al apartamento vecino. La primera puerta era la que daba al «*living*», y los dos entraron allí.

—Me pondré cómoda... Puedes servirte tú mismo mientras tanto, si quieres.

—Te esperaré.

Ella fue hacia el dormitorio y él se quedó en el «*living*», encendiendo un cigarrillo y mirando a su alrededor. Un «*living*» clásico, con su sofá, sus sillones, su mesita, teléfono, televisor, mueble-bar... Amplio y bien amueblado.

El hombre se dio una vuelta por allí y terminó sentándose en un sillón, donde acabó el cigarrillo. Luego fue hacia el mueble-bar, aplastó la colilla en el cenicero y se dispuso a preparar bebida en dos vasos que sacó del interior. Era un hombre alto, de cejas espesas y mirada dura y fija, como la de un águila; sus manos eran muy grandes y, en conjunto, al primer golpe de vista producía algo de temor, como si se temiese una reacción siempre hosca en el duro rostro.

La puerta del dormitorio se abrió cuando estaba escanciando *whisky* en el segundo vaso, y el hombre se volvió con una media

sonrisa presta a ampliarse.

Pero no se amplió, sino que se borró de su rostro para dejar sitio a una expresión de extrañeza. Había esperado ver a la mujer sólo en prendas interiores y una de sus finas batas transparentes y, en cambio, ella se había limitado a cambiarse de zapatos y a ponerse un vestido menos llamativo, de calle, en sustitución del de noche.

—¿Vas a salir?

Ella tenía las manitas atrás y parecía un poco cohibida cuando dijo:

—Tendré que hacerlo.

El hombre alzó las cejas, como un poco perplejo. Cogió los dos vasos y se volvió hacia ella.

—¿Adónde vas, si no es indiscreción?

—No lo sé seguro. Pero, claro está, querido, tengo que escapar de ti.

Él se quedó a tres pasos de ella, con las manos tendidas, ocupadas con los vasos; pareció que hubiesen clavado sus pies en el suelo de pronto.

—¿Escapar de mí? —musitó.

—Claro, señor Samuels.

—¿Samuels? Querida, mi nombre es...

—Oh, se acabó el juego, cariño... Tu nombre es Brian Samuels y eres un agente especial del

F. B. I.

Estamos en paz, porque tú sabes ya hace días que yo no me llamo Mary Carson, sino Myra Cracov, y que no soy norteamericana, sino polaca; y que no soy una «manicura» independiente, sino una espía del lado soviético... ¿No es así, querido?

Una dura sonrisa apareció en la boca del hombre.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Y lo mantengo. Llevas un par de semanas siendo un asiduo y amable cortejador, pero no por tu gusto personal, sino cumpliendo tu trabajo.

—Espero que no te parezca mal.

—Al contrario —sonrió ella—: me encantan las personas que cumplen su trabajo por encima de todo. Yo he cumplido el mío también, y así he podido enterarme de tu verdadera personalidad. Inmediatamente, he comprendido que en estas dos semanas me has

estado... explotando, digámoslo así. Sobre todo en los dos últimos días, en que, siguiéndome, has ido obteniendo micro fotos que pueden comprometerme mucho a mí y a ciertas personas con las que he estado en contacto. Supongo que llevas la cámara en el encendedor.

—Es posible.

—¿Quieres dármelo, querido, por favor?

Brian Samuels bebió un sorbito de *whisky* para ganar tiempo mientras pensaba rápidamente. Por supuesto, Myra Cracov no estaba hablando ahora a tontas y a locas, de modo que él pudiese tomar la iniciativa. Si se había decidido a poner las cartas boca arriba era porque ella tenía el mejor juego...

—¿Qué pasará cuando ya tengas mi encendedor? ¿Me matarás?

—Es obvio, querido.

—Entonces ven tú a tomar el microfilm.

—Como quieras.

Myra Cracov movió los brazos. Las manos dejaron de estar a la espalda: la izquierda quedó suelta, colgando de modo natural; la derecha apareció armada de una pistola que a pesar de no mostrar silenciador alguno restalló apagadamente.

Plop.

Plop.

Apenas como chasquidos producidos por unos dedos. Hizo mucho más ruido el cristal roto contra el suelo, cuando Brian Samuels, soltando los vasos, inició el salto hacia un lado, llevando su mano derecha al sobaco izquierdo.

Pero ya las dos balas estaban hincadas en su pecho, y el movimiento fue el que forzaron las balas, esto es, un par de giros rápidos hacia atrás, un choque contra el mueble-bar y la caída el suelo de bruces.

Todavía quedaba energía en el cuerpo del agente del

F. B. I.,

sí bien sólo la justa para alzar un poco la cabeza y mirar a Myra Cracov.

—No... lograrás esca... escapar ya...

Plop.

Brian Samuels se estremeció al recibir el tercer balazo, y la cabeza cayó con fuerza contra el suelo. Ya no se movió en absoluto.

La puerta del dormitorio de la mujer volvió a abrirse y apareció un hombre alto y flaco, de cabellos rojos y mirada helada. Fue hacia el caído

«G-man»,

le volvió cara al techo y le registró cuidadosamente, con eficacia: billetera, pistola, paquete de cigarrillos, pañuelo, encendedor, llavero...

Lo puso todo en el pañuelo y dedicó su atención al encendedor, buscando la fisura.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer.

—Voy a velar las fotos...

—No seas estúpido. Antes de destruir ese microfilm nos conviene saber qué contiene. Nos indicará hasta dónde ha llegado el F. B. I.,

en sus averiguaciones con respecto a nosotros. ¿Por qué levantar toda la red si en esas fotos sólo encontramos a dos o tres de los nuestros?

—Tienes razón.

—Vámonos ya.

—¿Adonde? Con el

F. B. I.,

detrás...

Myra Cracov frunció el ceño, pensativa.

—Creo que encontraré el sitio adecuado para escondernos mientras estudiamos el modo de escapar de Estados Unidos... Desde luego, Gurley, tú y yo es seguro que estamos descubiertos. Por lo menos yo; de modo que tendré que marcharme... Pero no voy a huir de un modo alocado, arriesgándome a caer de la sartén al fuego... Estoy descubierta, es cierto, pero todavía no me han atrapado... Y les va a costar.

—Lo importante ahora es salir lo más pronto posible de aquí. Y será mejor que lo hagamos por la escalera de incendios. Quizá el del F. B. I.,

tiene algún compañero abajo, que os ha estado siguiendo.

—Casi seguro. Pero también puede tener otro en la salida de incendios, de modo que vayamos con cuidado. Dejaremos esta luz encendida para que crean, al verla por la ventana, que aún estamos aquí Samuels y yo...

Fueron los dos hacia la cocina, sin encender la luz. Atisbaron por la ventana-puerta que daba a la escalera de incendios y abajo vieron la calle oscura y, al parecer, desierta.

—No me gusta, Gurley.

—Ni a mí. Si yo estoy localizado, tiene que haber más hombres del

F. B. I.,

por aquí cerca...

—Vamos a subir al tejado, saltaremos a otros como podamos y quizá así consigamos alejarnos de aquí. Iremos por el interior del edificio, no nos interesa dejarnos ver ni un segundo en la escalera de incendios.

—Bien.

Y se fueron.

Brian Samuels quedó allí, listo para el cementerio.

CAPÍTULO I

SERGE Danowsky se quitó la cazadora a mitad del tramo de la escalera que llevaba a su apartamento, pasó el índice por el cuello de la prenda y se la echó por la espalda.

Subía lentamente, cansado. Catorce horas al volante de uno de aquellos camiones era más que suficiente para cansar incluso a un hombre de su imponente constitución física y todavía joven. A los cuarenta y cinco años, Serge Danowsky conservaba todo el vigor de un hombre en la plenitud. Tenía algunas canas, pero eso es natural a esa edad. Por lo demás, con sus seis pies tres pulgadas de estatura, sus anchísimos hombros y sus fuertes músculos abultados, Danowsky era un asombroso ejemplar de hombre, aunque quizá un tanto pesado. Vestía toscamente, pero limpio y arreglado. Era lo que parecía y parecía lo que era: un rudo camionero que se ganaba la vida decentemente y con cierta holgura.

Llegó al piso, sacó la llave de un bolsillo de la cazadora y la introdujo en la cerradura. Abrió, entró, cerró y dio la luz. Luego fue a la ventana, descorrió las cortinas, regresó junto a la puerta y apagó la luz.

Por fin, se dejó caer en uno de los sillones, suspirando. Las catorce horas eran un espanto cuando se trataba de servicio nocturno.

Se quitó los zapatos, volvió a suspirar y encendió un cigarrillo. Si hubiese llegado una hora antes, tal como había calculado, habría tenido tiempo de ver a su hija antes de que ella marchase a su trabajo. Pero el maldito reventón le había privado de aquella satisfacción. La pequeña Paulowa no había podido esperarlo, como otras veces...

Llamaron a la puerta.

Danowsky miró hoscamente hacia allá. Estuvo tentado de no contestar pero, a fin de cuentas, fuese quien fuese no le iba a impedir acostarse y dormir hasta que Paulowa regresase... Aquella noche la llevaría al cine... Eso haría. Cenarían en algún lugar agradable, irían al cine...

Por todos estos pensamientos, Serge Danowsky sonreía cuando abrió la puerta.

Se quedó mirando a la mujer, sonriendo todavía durante un par de segundos. De pronto, el camionero polaco quedó pálido como un muerto y la sonrisa fue como humo al viento. En su lugar quedó como clavado un gesto de sobresalto y de incredulidad.

Y tardó todavía unos segundos en poder musitar:

—Myra...

Myra Cracov forzó una sonrisa amable.

—¿Cómo estás, Serge?

Danowsky parpadeó, sacudió la cabeza... ¿Estaba soñando? ¿Se había dormido ya y estaba soñando? ¿Era realmente Myra aquella mujer cercana a los cuarenta pero con aspecto de treinta o menos?...

Bruscamente, la expresión de Danowsky fue gélida.

—Márchate —dijo.

—Oh, Serge, tengo que entrar. Quisiera...

—Vete de aquí, Myra. Y no vuelvas a venir por...

Danowsky se calló, porque junto a la mujer acababa de aparecer un hombre que había estado oculto hasta entonces a un lado de la puerta. Un hombre alto y flaco, de cabellos rojos, que llevaba una pistola en la mano y que dijo:

—Entre.

Serge miró la pistola que apuntaba a su pecho; miró a la mujer, de nuevo la pistola... y retrocedió.

El hombre y la mujer entraron en el apartamento. El hombre cerró sin dejar de mirar a Danowsky, y la mujer recorrió rápidamente el apartamento.

—No hay nadie más —dijo.

—¿A quién esperabas encontrar? —musitó Danowsky—. ¿A tu hija?

—¡Cállate!

El camionero casi sonrió, si bien mordazmente. Encogió los

hombros, fue hacia el sillón y se dejó caer en él.

—Estoy muy cansado, Myra. Dime lo que quieres y déjame en paz. Te lo agradeceré.

—Voy a quedarme aquí unas horas, Serge. Eso es todo.

—¿Cuántas horas?

—No lo sé exactamente.

Danowsky miró al flaco pelirrojo.

—¿Quién es él?

—Un amigo. No te preocupes.

—¿Cuándo has visto tú que yo me preocupe? ¿O crees que en quince años he cambiado?

—No me importa lo que haya ocurrido contigo en estos quince años, Serge.

—Está bien. En ese caso tampoco te importará que me acueste... Llevo muchas horas de volante en las manos.

La mirada de Myra Cracov se animó.

—¿Tienes coche?

—Seguro —sonrió Danowsky—. Un camión de veinte toneladas.

—¿Tuyo?

—Ojalá. Soy solamente un conductor empleado. ¿Vas a interesarte ahora por mi vida, Myra?

La mujer miró a su alrededor, más bien despectiva.

—No creo que te vaya muy bien.

—Desde luego, éste no es un apartamento lujoso. Pero resulta un hogar acogedor y alegre. Pequeñas tonterías que bastan a un tonto como yo. Sinceramente, se estaba peor en Polonia... Se entiende que desde que terminó la guerra, claro. Aunque ya sé que va a parecerte una tontería, te diré que me gustan más los americanos que los rusos. Una cuestión muy personal de gustos, ¿no?

El pelirrojo avanzó un paso hacia Danowsky, fruncido el ceño, y el polaco lo miró casi divertido.

—Hablas demasiado, Serge —susurró Myra.

—Seguramente. Huelo a ruso desde aquí a Varsovia... ¿Quién es tu amigo? ¿Cuál es su nombre?

—Te limitarás a llamarlo Gurley Addison.

—¿Por qué? Él no es americano, es ruso.

Gurley Addison miró a Myra Cracov.

—¿No es demasiado listo tu amigo, Myra?

Danowsky alzó las cejas.

—¿Su amigo? Ella es mi esposa..., Addison.

—¡Cállate, Serge! —exigió Myra.

—Lo que tú digas... ¿Puedo acostarme?

—¡No!

Addison se acercó a la mujer, sorprendido.

—¿Es cierto lo que ha dicho él, Myra?

—Sí. Es mi marido.

—Pero tú dijiste... ¡Esto va a complicar las cosas!

—¿Por qué?

—¡Porque no es lo mismo si este hombre es tu marido que si fuera solamente un conocido, un amigo antiguo!...

—Todo será lo mismo, Gurley —dijo Myra fríamente—. No te preocupes.

—¿Qué es lo que será lo mismo? —inquirió Danowsky.

—O mejor... —musitó la mujer—. Se trata de que vas a ayudarnos a escapar de aquí, Serge.

—¿Qué has hecho? ¿Has asesinado a alguien?

—¡Le voy a...!

Myra, muy pálida, retuvo a Addison por un brazo cuando el falso norteamericano parecía dispuesto a abalanzarse contra Danowsky.

—Quieto, Gurley... A Serge tendrías que matarlo... o te haría pedazos. Y por ahora no interesa ni una cosa ni otra. Será mejor que todos nos portemos sensatamente, porque si complicamos las cosas jamás saldremos de aquí.

—¿De dónde? —se interesó Danowsky—. ¿De este apartamento? ¿De Nueva York? ¿De dónde tenéis que escapar, Myra?

—De Estados Unidos.

Serge Danowsky estuvo mirando fijamente a Myra Cracov durante unos segundos. Por fin, sacó el paquete de cigarrillos de su cazadora y encendió otro, tranquilo.

Gurley Addison miraba con cierta desazón a aquel hombre de más de seis pies, de mirada tranquila y manos enormes, sin dejar de apuntarlo.

—¿De quién huís exactamente, Myra? ¿O de qué?

—Escucha, Serge. Gurley y yo llevamos toda la noche huyendo... No ha sido fácil, pero lo hemos conseguido. Yo sabía

que tú y... y... Que vivías aquí, y he pensado...

—¿Ibas a decir que sabías que yo y nuestra pequeña Paulowa vivimos aquí, Myra?

—Sí. Subimos hace un rato, pero no había nadie. Y decidimos esperar mientras nos pareciese prudente... Llegaste tú y subimos detrás.

—¿No me preguntas por tu hija?

—No me interesa.

Danowsky palideció un poco, pero no se alteró. Dio un par de chupadas al cigarrillo, pensativamente, y de pronto volvió a mirar a su esposa.

—No creas que me sorprende tu frialdad, Myra. Una mujer que hizo lo que tú sabes es poco probable que sienta interés por su hija después de quince años de no verla... Claro: no la reconocerías. Seguramente pasó por delante tuyo cuando... Oh, no, porque si hubiese estado aquí cuando tú viniste, ella te habría abierto la puerta. Pero no la habrías conocido... Ni ella a ti. Una niña de cuatro años no tiene la memoria suficiente para recordar a su madre cuando ya ha cumplido diecinueve...

—Es mejor que no hables de esto, Serge, o...

—¿Vas a amenazarme? —preguntó despectivamente Danowsky—. No te creía tan estúpida. ¿De qué crees que yo puedo tener miedo?

—Serge: sólo queremos tu ayuda para salir de Estados Unidos... Había pensado pedirte tu coche, si lo tenías; o que alquilaras uno a tu nombre... Pero creo ahora que será mucho mejor ese camión que tienes a tu cargo... ¿Qué ruta tienes?

—¿Cuál te interesa?

Gurley Addison masculló:

—No pida tantas explicaciones, porque...

—¿Por qué no se calla? —le espetó Danowsky—. Métase en la cabeza que no conseguirán obligarme a nada que yo no quiera hacer. Si cree que esa pistola me asusta, es que usted es imbécil, Addison. Tampoco me asustan los rusos.

Gurley Addison se adelantó, hasta que la boca de su pistola quedó a menos de cuatro pulgadas de la frente de Danowsky.

—¿Está seguro?

Danowsky sonrió, de lado, y continuó fumando sin dejar de

mirar fijamente a Addison, hasta que éste empezó a encontrarse un poco en ridículo. Tanto, que se irritó y quiso desahogarse golpeando al polaco en la cabeza con la pistola.

Lo consiguió.

Danowsky recibió el golpetazo en la frente y su cabeza retrocedió bruscamente, hacia el respaldo del sillón. Lo que no esperaba Addison era la inmediata reacción del polaco, que cayó sobre él como un león sobre un cervatillo.

—¡No lo mates, Gurley!

Addison tuvo la suficiente sangre fría para comprender que Myra Cracov no decía aquello por sentimentalismo, sino porque, efectivamente, consideraba a Danowsky la única persona que podía ayudarles a escapar. Y muerto no podría hacerlo.

Por eso, quiso repeler el ataque de Danowsky sólo a golpes de pistola...

Uno de los enormes puños del polaco se hundió en su estómago con tal violencia que Addison tuvo la agonizante sensación de que acababa de ser partido en dos. La pistola escapó de su mano cuando él salió disparado hacia atrás, doblado, sintiéndose morir... Apenas notó el batacazo contra el suelo, pero sí supo que aquellas manazas lo habían asido por las solapas y que tiraban de él para ponerlo en pie.

Su estómago pareció de nuevo a punto de reventar. Un tercer golpe le hizo sentir tales náuseas que hubiese querido estar ya muerto. El cuarto golpe le alcanzó en plena barbilla, y el mundo estalló y desapareció para Gurley Addison.

Danowsky lo dejó escapar de entre sus menos como si fuese una basura. Vio a pistola, se inclinó a recogerla y, casi a tiempo que veía las piernas de Myra junto a él, sintió el estallido en su cabeza. Quiso coger a su esposa por los tobillos, pero el segundo golpe le acertó de lleno en la región de los sueños...

El sueño eterno para Brian Samuels.

El inspector Rix, de la Delegación del

F. B. I.,

en Nueva York, alzó el extremo de la sábana y miró, angustiado, a la mujer que tenía al lado, tan pálida como el propio Brian Samuels.

Ella miró el cadáver del

«G-man»

y asintió con la cabeza, secos los ojos, atónita la expresión...

Rix tragó saliva.

—Lo... lo enviaremos... en seguida a su casa, señora Samuels... Comprenda —tuvo que tragar saliva otra vez—... Comprenda que teníamos que traerlo primero a la Morgue...

Rix se calló, porque era lo mejor que podía hacer y él lo sabía. Y porque no podía tragar saliva con la frecuencia necesaria para disolver aquella angustia que le atenazaba la garganta.

Empezó a mirar hacia todos lados, pero la visión de los demás cajones frigoríficos, ordenados como un fichero, no le levantó el ánimo precisamente. Cerca de la salida, sombría la expresión y con las cabezas inclinadas, tres de sus agentes esperaban a que Martha Samuels reaccionase.

—Ya..., ya puede... guardarlo...

De buena gana, Rix se hubiese cambiado por Samuels en aquel momento. Pero todo lo que podía hacer era soltar la sábana y empujar el «cajón» hacia el interior de los depósitos refrigerados.

—Uno de mis hombres la acompañará a su casa, señora Samuels.

—No... No es necesario... Gracias... ¿Enviará...?

—En seguida, sí... Ya..., ya nos veremos luego.

—Sí...

Martha Samuels dio media vuelta y se dirigió hacia la salida, como una autómatas. Pasó junto a los tres

«G-men»

que aguardaban allí con expresión sombría, sin verles. Pero uno de ellos sí vio la seña de Rix y se fue tras la mujer.

Rix se reunió con los otros dos y, sin cambiar una sola palabra, los tres salieron de la Morgue hacia la Delegación.

Crane regresó casi una hora más tarde, deprimido, y se dejó caer en una de las sillas del despacho de Rix.

—Se lo ruego, jefe: envíeme a cambiar balazos con quien sea, pero no me encargue más misiones como esa...

—¿Cómo está ella?

—Ésta como..., como atontada. Yo creo que aún no ha comprendido bien que su esposo ha sido asesinado en acto de servicio. ¡Por Dios que como atrape yo a esa puerca espía rusa...! ¿Qué sabemos?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Después de escapar por los tejados han tenido muchas horas para alejarse incluso de Nueva York. Tenemos algunas cosas del apartamento de Mary Carson, o Myra Cracov, y sabemos que tenía tratos con un hombre que se hacía llamar Addison, Gurley Addison. Pero no hemos conseguido nada importante.

—Hay que encontrarla —masculló Warren—. ¡Hay que encontrarla sea como sea!

—Hay muchos millones de personas en Nueva York —suspiró Rix—. Tan sólo con que una de esas personas esté ayudando a Myra Cracov, resultará poco menos que imposible encontrarla.

—Pero no podrá salir de la ciudad.

—Hay muchas maneras de abandonar Nueva York. Y no tenemos por qué suponer que va a intentarlo en un servicio regular. Puede hacerlo a pie, en «*ferry*», en coche, en helicóptero... ¡Maldita sea, tuvimos que detenerla antes, cuando Brian la tenía bien dominada!

—Brian no quiso... Dijo que podríamos conseguir más si la «trabajaba» unos días más...

—Está bien —masculló Rix—. Nosotros no vamos a permitir que el esfuerzo y la muerte de Brian no hayan servido de nada. Quiero en movimiento a todo el mundo... Y quienquiera que encuentre a esa mujer, si ve el menor peligro, que la mate.

CAPÍTULO II

NO te voy a matar, Serge, pero tú ya sabes que la muerte no es lo peor.

Serge Danowsky oyó perfectamente estas palabras. Parpadeó y vio fugazmente a Myra Cracov inclinada junto a él, con la pistola en la mano.

—De todos modos, si intentas algo más contra nosotros no tendré más remedio que matarte. Tú eliges, Serge.

Danowsky se sentó en el suelo, ya abiertos definitivamente los ojos y miró a su alrededor. Ya no estaban solos Myra y el llamado Gurley Addison. Había tres hombres más, todos ellos mirándolo con expresión preocupada y, a la vez, amenazadora. Addison lo miraba con un odio tan evidente, tan violento, que Danowsky comprendió que le mataría al menor motivo que le diese.

Se puso en pie, fue una vez más hacia el sillón y se sentó. Le dolía la cabeza. Encendió otro cigarrillo y preguntó:

—¿Quiénes son esos tres?

—Leman, Murdock y Jameson. Es todo lo que sabrás. Y entérate de que estoy siendo muy beligerante contigo, Serge.

—Ya. ¿Puedo ducharme?

—¿Ahora?

—Es ahora cuando me duele la cabeza y me encuentro mal.

—Esté bien. Pero yo estaré contigo.

—Es cuenta tuya.

Danowsky se levantó y fue hacia el cuarto de baño, cansinamente, con el cigarrillo colgando de los labios. Entró seguido de su esposa, y se miró al espejo; destacaba claramente el golpe que Addison le había dado en la frente.

—Él lo ha pasado peor —musitó Myra, como si adivinase sus

pensamientos—. A ti no te afectan tanto unos cuantos golpes.

Danowsky no contestó. Se desvistió, se metió en la ducha y corrió la cortina de plástico floreado. No quería admitir que aquellos tres golpes recibidos eran demasiado incluso para su dura cabeza.

El agua fría lo alivió bastante y salió de la ducha más despejado y con los pensamientos en orden. Se dedicó a secarse fuertemente, siempre bajo la atenta mirada de Myra Danowsky, Cracov de soltera. Quince años de separación, y ahora...

—¿Me vas a ayudar, Serge?

—Myra: en estos quince años he dejado de amarte. De veras. Sé que a ti te bastó mucho menos tiempo, pero yo también lo he conseguido. Contesta a una sola pregunta y yo decidiré si te ayudo o no.

Myra Cracov estuvo a punto de contestar acremente. Sabía que podía obligar a Danowsky a hacer lo que ella quisiera, pero optó por llevar las cosas, inicialmente, por el lado pacífico.

—¿Cuál es esa pregunta?

—¿Todavía estás en el espionaje soviético?

—Serge...

—Sí o no: es todo lo que tienes que contestar.

—Sí.

—Entonces..., ¿no has cambiado?

—No.

—Después de quince años... Creo que ahora eres todavía más dura y ambiciosa, Myra. No creas que te guardo rencor. Ya no. Al principio, cuando nos dejaste a nuestra hija y a mí en la frontera alemana para irte con el oficial ruso, no lo creí... Estuve un tiempo como aturdido, esperándote. No creía que aquello que me habías dicho era cierto, que lo habías conseguido todo porque eras una espía al servicio de Rusia... Luego lo comprendí, lo... creí. Cuando ya estaba aquí con la pequeña Paulowa, lo comprendí y lo creí todo. No te bastaba un simple oficial polaco como yo... Y quien más podía ofrecerte era el espionaje ruso, el amante ruso, el dinero ruso, las promesas rusas... Entonces sí te odié, Myra. Pero gané mi propia batalla. Para mí, los rusos no fueron los libertadores, sino los nuevos opresores... Los soporté algunos años, pero no podía más. Te propuse marcharnos y tú lo conseguiste. Supongo que lo que

querías era deshacerte de mí y de la pequeña... Y lo conseguiste. Te odié, es cierto, pero ya te he dicho que gané mi propia batalla, te olvidé, no significaste nada para mí... Era como si nunca hubieses existido. Me bastaba con mi pequeña Paulowa. Y ahora, después de quince años, cuando ya no me acordaba de ti y nuestra hija lleva quince años creyendo que estás muerta, tú apareces aquí, en Estados Unidos, en mi casa, perseguida por practicar espionaje a favor de Rusia...

—Yo te saqué de Polonia, te ayudé a cruzar media Alemania... Querías marcharte de Europa y yo hice que lo consiguieras.

—Y ahora vienes a pedirme que yo te saque de Estados Unidos. ¿Es eso?

—Sí. Sabes bien que no te he molestado en estos años, Serge. Pero ahora te necesito.

—¿Estos años? ¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos?

—Fui destinada a Nueva York, por la

N. K. V. D.,

hace nueve años.

Serge Danowsky quedó atónito mirando a su esposa.

—¡Nueve años! ¿Y jamás se te ha ocurrido que podrías encontrarnos a mí y a nuestra hija hasta ahora?

—Lo supe en cuanto llegué, Serge.

—¿Quieres decir que sabes desde hace nueve años dónde estamos viviendo Paulowa y yo?

—Apenas llegar lo supe. Encontré tu nombre en la guía telefónica.

—¿Y en nueve años no has sentido deseos de ver a tu hija?

—He tenido otras cosas que hacer. He viajado por Estados Unidos, Canadá, México...

—Pero tu residencia «oficial» para la

N. K. V. D.,

estaba fijada aquí, en Nueva York, y debías pasar aquí la mayor parte del tiempo, ¿no?

—Claro.

Danowsky se quedó mirando a su esposa como si, realmente, no la conociese.

Y no la conocía. ¿Qué tenía que ver aquella mujer con la muchacha que él había desposado en Polonia? ¿Qué quedaba de

aquella muchachita de ojos claros y expresión risueña? Ya había notado la natural diferencia cuando Myra le dejó a él y a Paulowa para irse con el oficial ruso que la introdujo en la

N. K. V. D...

Pero ahora la diferencia era más notable. ¿Había existido alguna vez la muchachita de dieciocho años que se casó con el gallardo oficial polaco Serge Danowsky?

No. No la reconocía, no...

—¿Por qué me miras así?

—No te conozco, Myra...

—No digas tonterías. Soy tu esposa.

—Sí, ya sé... Pero no he querido decir eso... Yo soy ahora un simple camionero, pero sigo siendo la misma persona, el mismo ser... No me siento humillado por ser camionero. Comprendo las cosas, la vida... Pero tú no eres ya Myra Cracov.

—¿Qué más da? ¿Vas a ayudarme o no?

—No lo sé... Tendré que pensarlo. ¿Qué has hecho?

—¡Pero qué puede importarte eso a ti?!

—Salvo luchar contra Polonia, haría cualquier cosa por los Estados Unidos. Eso es lo que me importa. ¿Lo comprendes?

—Serge, eres tú quien tiene que comprender... Vas a obedecernos, o la pequeña Paulowa será la más perjudicada.

Danowsky palideció intensamente. Sin importarle en absoluto la pistola que le amenaza, lanzó su mano derecha hacia la garganta de Myra y la rodeó como si fuese un simple fideo, crispándose allí.

—¡Suel... tame, o...!

—¿Me estás amenazando con matar a tu hija? —chilló Danowsky—. ¿Es eso lo que has hecho, maldita? ¿Has dicho que va a ocurrirle algo a mi pequeña? ¡Vamos, dispara! ¡Dispara, porque voy a romperte el cuello como si fuese...!

La puerta del cuarto de baño se abrió violentamente y los tres hombres que Myra Cracov había presentado con los nombres de Leman, Jameson y Murdock se precipitaron adentro, contra Danowsky. Entre los tres lo separaron de Myra, a tirones.

—No lo matéis... —jadeó la espía—. ¡Él nos sacará de Nueva York, del país!...

Danowsky le partió una ceja a Jameson de un manotazo de revés que tiró al hombre dentro de la bañera y casi aplastó a Leman

contra la pared de un directo en el pecho que hizo crujir todo el tórax.

Pero Murdock le golpeó en la cabeza con la pistola, y Addison, entrando precipitadamente, le golpeó en los riñones. Leman saltó hacia el polaco, y le sujetó de un brazo, mientras Jameson, con la cara llena de sangre saltaba de la bañera y le sujetaba el otro. Murdock le sujetó por la cintura, con fuerza. El más alto de ellos medía seis pulgadas menos que Danowsky, y éste podía matarlo a golpes. Pero cuatro hombres eran demasiados, y consiguieron sujetarle.

Gurley Addison se separó un par de pasos y comenzó a golpearlo en el vientre, en el estómago, los costados, la cara... Estaba poco menos que fuera de sí y tuvo que ser Myra quien pusiese fin a la escena, fríamente, cuando vio que Danowsky ya se estaba desmoronando:

—Basta, Gurley. Dejadlo en el suelo. Acabaré de entenderme con él.

—¿Vas a quedarte otra vez sola con esta fiera?

—Sé cómo dominarlo.

—¿Sí? Pues si no llegamos a entrar nosotros...

—Salid. Si vuelve a intentar algo, le mataré.

Los cuatro salieron del cuarto de baño, dejando a Danowsky con la cara llena de sangre, jadeando en el suelo, molido a golpes. Pero se puso en pie en seguida y metió la cabeza bajo el chorro de la ducha. Luego se colocó parches adhesivos en la cara, cerrando los pequeños cortes producidos por los golpes.

Myra cogió luego los parches y los tiró afuera.

—¡Ahí tienes eso para tu ceja, Jameson! —Se volvió hacia Serge Danowsky y musitó—: ¿Crees que ha valido la pena?

—He decidido no ayudaros. Y puedes matarme cuando quieras.

—No me has entendido, Serge. En primer lugar, quiero que llames a Paulowa a su trabajo y que venga aquí inmediatamente. Luego harás lo que yo te vaya ordenando. Será lo mejor para todos.

—¿Para todos? ¡Estás loca si crees que voy a llamar a Paulowa!

—Serge, si no lo haces, si no nos ayudas, nos tendremos que quedar todos encerrados en tu apartamento. Paulowa tendrá que venir, sea a la hora que sea. Si para entonces las cosas no van bien para nosotros, no podré responderte de esos hombres de ahí fuera.

Entiéndelo; si nuestra hija viene ahora, ellos estarán tranquilos, porque te sabrán dominado por medio de ella, mientras nos harás algunos recados. Pero si tenemos que esperar a que ella venga, quizá ya tarde, y las cosas no nos van bien, ellos la tendrán igualmente en su poder y... estarán muy disgustados. ¡Tienes que entenderlo! ¡No vas a poder esconder a nuestra hija indefinidamente, ella tiene que venir aquí, a su casa!... ¡Y más vale que sea ahora, cuando yo controlo el asunto! Tú nos ayudas y luego nosotros nos vamos, dejando aquí a Paulowa. Nos llevas a Canadá en ese camión o en un coche alquilado, y ya está... ¡Lo mejor es que nos lleves en el camión, que aceptes todo lo que te ordenemos! ¡Es el único modo de que nuestra hija salga bien librada!

Serge Danowsky se quedó mirando atentamente a su esposa, profundamente, durante unos segundos, antes de musitar:

—La llamaré.

—Dila que estás enfermo, que te sientes mal. ¡Que venga en seguida!

—Ya te he dicho que la llamaré. Pero no le dirás quién eres, Myra.

La mujer sonrió desganadamente.

—No tengo ningún interés en ello.

—Y le dirás a ese ruso pelirrojo que tampoco hable sobre esto. Para Paulowa, tú vas a ser una amiga, una conocida, una persona que esté aquí por extrañas circunstancias, y nada más.

—Queda tranquilo. Ella no tendrá que avergonzarse de mí.

—Eso espero.

Danowsky salió al «*living*» y fue rectamente al teléfono, sin mirar a ninguno de los cuatro hombres que estaban esperando con clara impaciencia, intranquilos. Cuando su mano tocó el auricular, uno de ellos se movió, pero una seña de Myra Cracov le hizo comprender que no debía intervenir.

Mientras Danowsky marcaba, Myra y Addison se miraron, y un relámpago de complicidad pareció estallar en ambas miradas.

Serge Danowsky acabó de marcar el número telefónico.

CAPÍTULO III

TODOS oyeron el repiqueteo de los tacones en la escalera, precipitados los pasos, que en seguida se detuvieron al otro lado de la puerta. Oyeron también el sonido característico del llavín en la cerradura.

La puerta se abrió rápidamente y la habitación «*living*» pareció llenarse de luz, de vitalidad, de juventud, de colorido...

—¡Papá!, ¿qué...?

Paulowa Danowsky quedó como clavada en el suelo, en el umbral, sin comprender la presencia de aquellos cuatro hombres y de aquella hermosa mujer de ojos claros.

Pero en seguida vio a su padre, sentado en el sillón, fumando, y se precipitó hacia él mientras Jameson cerraba la puerta y quedaba apoyado de espaldas en ella.

—Papá, ¿qué te pasa? Creí que estarías en cama. Danowsky se había levantado y pasó un brazo por los finos hombros de su hija.

Diecinueve años, cabellos amarillentos, ojos verdiazules, boca larga, dulce, sonrosada. Iba peinada a lo «despeinado», con unas simpáticas greñas sobre la frente. Zapatos rojos, de tacón altísimo, que elevaban aún más su considerable estatura, estilizándola, dando una forma sugestiva a sus bonitas piernas. Falda negra, jersey rojo, escotado. Ni uno solo de aquellos cuatro hombres dejó de mirarla codiciosamente.

—Lo dije solamente para que no te negasen el permiso, Pauly... Son unos... amigos.

Paulowa Danowsky los miró, uno a uno, con una tímida sonrisa en los bonitos labios. Se quedó mirando a Myra con interés superior al dedicado a los hombres, y una rayita vertical de perplejidad apareció en su entrecejo.

—¿Qué ocurre? —murmuró.

—Nada importante. Tendremos que atender estas visitas, pequeña. Se llaman Addison, Jameson, Murdock y Leman. Ella es... Mary Carson, una..., una antigua amiga.

—No la conozco.

—Eras muy pequeña cuando la vimos por última vez. Bueno —intentó sonreír Danowsky—, no se puede decir que hayas venido muy pronto, ¿eh?

—No es tan fácil llegar al Bronx desde Manhattan, tú lo sabes. ¿Se quedarán a almorzar?

—Desde luego. Nos marcharemos al anochecer. Eee... Sí, yo iré con ellos. Bueno, ve a la cocina, a ver qué encuentras para siete personas.

Paulowa Danowsky volvió a mirar a sus «invitados» en silencio. Miró por fin a su padre, asintió con la cabeza y fue hacia la cocina. Era pronto para el almuerzo, pero no estaba acostumbrada a vérselas con siete personas.

El polaco esperó a que su hija entrase en la cocina antes de volver a sentarse. Entonces miró a Myra Cracov, expectante, y sintió deseos de golpearla al comprobar la indiferencia con que la mujer había seguido el paso de su hija..., de la hija de ambos.

Hubiese preferido que la indiferencia la hubieran mostrado los acompañantes de Myra Carson.

Ésta se acercó a él, sentándose en la punta del sofá.

—Tienes que ir a buscar al fotógrafo, Serge.

—¿Eso es todo que tienes que decir?

—Eso es todo lo que me interesa.

—Está bien. Iré después de almorzar. Paulowa me acompañará...

—¿Crees que ellos son tontos? Si te vamos a dejar salir es precisamente porque ella se quedará aquí, como rehén... Estoy segura de que te portarás bien, Serge.

—Perra.

—¿Eh?...

—Te he llamado perra... Perra maldita.

Hubo una crispación en la boca de Myra Cracov.

—Más adelante discutiremos eso, Serge. ¿Sabes una cosa...? Has cambiado. Sí, has cambiado algo. Tienes más... personalidad. Bien:

¿qué esperas para ir en busca de ese fotógrafo?

—No lo encontraría ahora. Pero si quieres puedo ir a buscar otro cualquiera...

—No es necesario. Si conoces a uno, prefiero que venga ése... Murdock te acompañará... discretamente.

—¿No te basta con tener a nuestra hija?

Myra Cracov no contestó. Miró hoscamente a Danowsky y se sumió en el silencio. Tampoco Serge Danowsky tenía ganas de hablar. En cuanto a los cuatro hombres que respaldaban a la Cracov, parecían tener la boca sellada.

Ciertamente, el ambiente no resultaba acogedor.

Hacia las dos y media, terminó el silencioso almuerzo. Serge Danowsky ayudó a su hija a retirar la mesa y luego, en la cocina, a limpiarlo todo y dejarlo ordenado.

Paulowa Danowsky era una muchacha inteligente. Había comprendido que aquella situación no era normal, pero también comprendió que sí su padre no se la explicaba era porque no convenía hacerlo, de modo que lo aceptó todo sin ningún comentario al respecto. Toda su escasa conversación versó sobre el almuerzo y algunas preguntas a su padre respecto a la última jornada al volante.

El gigantesco polaco, provisto de un diminuto y coquetón delantal de su hija, limpiaba platos en silencio, dirigiendo frecuentes miradas hacia el «*living*». Sabía que no los perdían de vista. Era seguro que Myra habría advertido a sus hombres que el exoficial polaco resultaba un hombre peligroso y de mal talante; cosa que, por otra parte, ya habían tenido ocasión de comprobar de un modo muy personal.

—¿Tienes turno mañana, papá?

—Sí.

—Pero no será nocturno...

—Claro que no. Es el de las seis de la mañana... Seguramente estaré de regreso a las seis de la tarde, si no tengo un pinchazo como esta noche.

La conversación se desarrollaba de un modo muy normal, de modo que Leman, fastidiado de estar tanto rato en pie, se apartó del quicio de la puerta y regresó al «*living*» inmediatamente, Serge

Danowsky, sin dejar de conversar con su hija, fue hacia el bloc de la cocina, arrancó una hoja y la escondió bajo la camisa. Paulowa le vio hacer todo esto, pero continuó hablando de las cosas que los demás esperaban oír.

—Me van a aumentar diez dólares a la semana, papá.

—¡Estupendo! Bueno, tendré que pedir aumento yo también, ¿no te parece? De otro modo llegarías a ganar más que yo.

La suave risa de Paulowa Danowsky llegó al «*living*». Allá, Myra Cracov estudiaba las expresiones de sus cuatro hombres, ninguno de los cuales dejó de mirar a la cocina.

Poco después apareció Danowsky en el «*living*» y se dirigió hacia el cuarto de baño, como si allí delante no hubiese nadie.

—Serge.

—¿Qué hay?

—Son casi las cuatro.

—Iré ahora a buscarlo. Voy a lavarme, me cambiaré y saldré a buscar al fotógrafo.

—Está bien.

El polaco entró en el cuarto de baño, dejando la puerta entreabierta. Myra Cracov le veía limpiarse enérgicamente los dientes... Pero no le vio cuando se apartó un poco de la puerta, hacia la toalla. Encima de ésta había un armarito, que Serge Danowsky abrió inmediatamente. Cientos de veces había visto en su interior las pequeñas cosas que su hija utilizaba para el discreto maquillaje que solía llevar.

No podía faltar la barrita de carmín, ni el sombreador de párpados, ni el lápiz blando para trazar la rayita que agrandaba los ojos...

Danowsky eligió el lápiz blando. Apoyó el papel que había cogido en la cocina en el espejito del armario y escribió rápidamente en él. Ya tenía pensado lo que debía escribir, corto y explicativo, de modo que invirtió menos de quince segundos. Se guardó el papel, sacó la afeitadora eléctrica de uno de los cajoncitos y regresó ante el espejo del lavabo, dispuesto a afeitarse, justo en el momento en que Myra Cracov aparecía en la puerta y se quedaba mirando hoscamente la afeitadora.

—¿Crees que es momento de afeitarse?

—No. Debí hacerlo antes, pero no pensé en ello. ¿Qué es lo que

quieres? ¿Que Murdock y yo tengamos que estar esperando al fotógrafo en plena calle?

Myra Cracov no contestó y Danowsky puso en marcha la afeitadora. Ella permaneció en la puerta, mirándolo con expresión tan desconfiada y a la vez tan inteligente, que el polaco pensó si no sabría ya lo que estaba tramando.

Acabó de afeitarse, guardó la máquina y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto.

—Hora de salir... ¿Está preparado Murdock?

—Sí.

—Bien...

Se dio masaje, se peinó, se lavó las manos y pasó junto a Myra, casi empujándola rudamente, en dirección a su dormitorio. Murdock apareció en la puerta y lo estuvo mirando mientras se cambiaba de camisa, pero Danowsky continuó en posesión del papel.

Salió del dormitorio, de nuevo hacia el lavabo, casi sonriendo ante las expresiones hoscas e impacientes del grupo de espías. No estaba precisamente en una situación que mereciese celebrarse, desde luego.

Se detuvo en la puerta del lavabo y miró despectivamente a Murdock, que pretendía entrar con él.

—Lo que tengo que hacer ahora es muy personal, señor Murdock. ¿Le importa esperar afuera?

Le dio con la puerta en las narices. Una vez dentro, sacó el papel, lo colocó sobre un billete de diez dólares, asegurándose de que no sobresalía de éste, y dobló ambos de modo que el papel quedaba oculto por el billete.

Salió y fue hacia su hija, que estaba sentada en un sillón, un poco sobrecogida.

—Voy a buscar a Richie, Pauly. Estaremos aquí dentro de una hora, más o menos.

—Sí, papá.

La besó, miró expresivamente a Myra Cracov y fue hacia la puerta, seguido de Murdock.

—¿Dónde está ese fotógrafo?

—En Queens. Si tomamos un taxi y cruzamos por Triborough

Bridge, llegaremos en seguida.

—De acuerdo.

Richie Vernon era un hombretón no mucho más bajo que Danowsky, de brazos gruesos, cuello rollizo y mirada viva, rápida, que se detuvo en el polaco con incredulidad.

—¡Danowsky! ¡Demonios, dichosos los ojos...!

—¿Qué tal, Richie?

—¿Qué pasa contigo? ¿Ya no somos amigos? Hace tiempo que no vienes por aquí.

—Tú ya sabes... A veces hago turnos extraordinarios. Quiero que Pauly no carezca de nada... ¿Cómo va el negocio?

—¡Bien! Mejor que el volante, desde luego. ¿No es curioso? Un tipo tan bruto como yo, aficionado a la fotografía, se da cuenta de pronto, un día, de que es un fotógrafo de los buenos... ¡Y eso después de casi veinte años de volante! ¿Cómo están todos por allá?

—Como siempre... Te presento al señor Murdock, un amigo mío.

Richie Vernon estrechó, sonriente, la mano de Murdock.

—Los amigos de mis amigos son mis amigos —bromeó.

—Pues tendrás que demostrarlo —consiguió sonreír Danowsky—. Te necesitamos, Richie.

—De acuerdo. ¿Qué hay que hacer?

Fue Murdock quien habló:

—Revelar unas micro fotos.

—Es fácil. Démelas y...

—No aquí. Nos gustaría que las revelase en casa de Danowsky.

—¿Por qué? Aquí sería todo más rápido...

—Es un poco largo de explicar, Richie —aclaró Danowsky—. ¿No podrías hacerlo en mi apartamento?

—Desde luego. Lo haré por ti, Serge.

—Gracias.

—En cinco minutos recojo lo necesario... ¡Oh, vaya, demonios, voy a poder ver a la maravillosa Pauly!, ¿no es así? ¿Cuándo se te casa?

—Hum. Esperemos que tarde algunos años aún, Richie.

El fotógrafo se echó a reír.

—¡Eres un viejo egoísta! Bueno, voy a por los bártulos. ¿Tienes luz roja?

—No.

—Me lo temía... Tendré que llevarlo todo. Habrá que secar copias, claro...

—Sí —asintió Murdock.

—De acuerdo.

—Tenemos un taxi esperando, Richie.

—Está bien.

Serge Danowsky tendió un billete de diez dólares al taxista.

—Está bien así, amigo.

—¡Okay!, gracias, compañero.

Se apearon los tres y Richie Vernon miró un poco desconcertado al polaco.

—¿Cambiate de apartamento, Serge?

—No. Pero está aquí mismo: llegamos en seguida.

Vernon parecía un poco perplejo, pero se encogió de hombres, cargó con su equipo y caminó junto a los dos hombres que habían ido a buscarle.

Más abajo, el taxi se detenía, poco después, ante la luz roja de cruce de la East 149th y Southern Boulevard, de regreso a Manhattan. El taxista sacó el billete que le había entregado Serge Danowsky y lo alisó distraídamente...

CAPÍTULO IV

EL inspector Rix se quedó mirando al taxista y luego miró el papel que el hombre le tendía. Warren, Taylor y Crane miraban también al hombre, algo distraídos y no poco mohínos por la total ausencia de pistas sobre Myra Cracov, la espía localizada y luego desaparecida tras el asesinato de un «G-man».

Rix tomó el papel y lo leyó:

URGENTE PARA

F. B. I.

O

C. I. A.

«Myra Cracov viajará esta noche nacional nueve hacia Canadá, hacia las siete, en camión 20 toneladas, de la “Ashenden”, conducido por Serge Danowsky».

Rix se quedó atónito. Al instante tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación de alegría.

—¿Quién le dio este papel?

—Supongo que fue el gigante...

—¿El gigante? ¿Qué gigante?

—Bueno, to tomé en el Bronx, como a las cuatro y media. Iba con otro hombre. Fuimos a Queens, me hicieron esperar delante de un estudio fotográfico, en el 590 de Astoria Boulevard, y salieron los dos con otro tipo que llevaba una maleta muy grande... Volvimos al Bronx, y el más grande de los tres me dio el billete... No creo que fuese de otra persona, porque siempre me pongo en este bolsillo lo último cobrado, y, luego, cuando tengo que esperar,

lo pongo en la carpeta...

—Entiendo, entiendo... ¿Conocía al hombre, al... gigante?

—No, señor. Era un tipazo así de alto y así de ancho... Si lo hubiese visto antes me hubiese acordado de él.

—O sea que si lo vuelve a ver lo reconocerá.

—¡Desde luego!

—Se tendrá que quedar aquí hasta nueva orden, señor...

—Max Bolton. Pero es que tengo servicio, y...

—No se preocupe por eso, todo se arreglará a su satisfacción.

¿Okay, Max?

El taxista miró a los federales y acabó por sonreír.

—Sí, señor.

—Siéntese. —Rix quedó pensativo, volvió a leer el papel y lo tendió por fin a sus hombres—... Leedlo. ¿No os parece un regalo mejor que el de Noel?

Crane, Warren y Taylor se apoderaron ávidamente del papel. Taylor fue el único que no reprimió su excitación.

—La tenemos, la...

—Calma, Taylor —aconsejó Rix—. Sólo son las seis menos cuarto, de modo que tenemos tiempo para pensar. Sacad tres copias de ese papel y empezad a trabajar, a toda prisa. Yo me quedo el original. Bien: ¿qué estáis esperando?

Taylor saltó hacia la máquina de escribir, con el papel en la mano. Colocó hasta cuatro copias en la máquina, tecleó rápidamente y las sacó de un tirón. Segundos después, el inspector Rix quedaba en el despacho con el taxista Max Bolton y el original y una copia del esperanzador mensaje con pista tan concreta.

De pronto, Rix pulsó un botoncito del «intercom».

—Jimmie, tengo a Johnny mirándome unas cosas en el Archivo... ¿Quieres decirle que suba inmediatamente?

—En seguida, jefe.

John Jones apareció en la puerta del despacho apenas tres minutos más tarde. Era un poco más alto que Danowsky, lo cual resultaba no poco asombroso, pero mucho más delgado, de hombros anchos y cabellera de panocha. Entró como si le sobrase la mitad de cada pierna, mirando vivamente a Rix con sus ojillos pequeños y vivos, oscuros. John Jones resultaba un tipo sorprendente al primer golpe de vista.

—¿Qué pasó?

—Tenemos algo, Johnny. Lee esta copia y quédatala.

Jones tomó una de las copias obtenidas por Taylor, la leyó y se quedó como absorto unos segundos. Por fin miró al taxista.

—¿La trajo él?

Rix asintió con la cabeza.

—Se llama Max Bolton. Un gran tipo, sí, señor. Pudo tomárselo como una broma, pero lo cierto es que vino a traernos el papel. Dice que se lo entregó, junto con un billete de diez dólares, un tipo gigantesco que...

Rix explicó a Jones le que antes había sabido por medio del taxista.

—... Y ahora dime, ¿qué opinas?

—Supongo que el hombre que le entregó el papel al amigo Max está en contra de ella. Podemos suponer que los dos que le acompañaban le tenían amenazado, o algo así. Un estudio fotográfico, una maleta muy grande... ¡El microfilm de Brian!

—Exacto. Lo quieren revelar antes de escapar. Es lógico. Ellos no saben lo que pudo descubrir Brian, y si nos lo comunicó o no. En la duda, quieren revelar el microfilm, para saber cuáles de ellos fueron fotografiados por Brian: de este modo quitarán de la circulación a los agentes señalados y dejarán los demás. No tienen por qué estropear toda una red si solamente han sido descubiertos dos o tres. Avisarán a esos dos o tres y, luego, intentarán pasar a Canadá. Tendremos que avisar a nuestra «liaison *post*» de allá.

—Es una buena idea.

—Encárgate de eso. Y llama a la «Higwey Patrol» y a nuestros hombres que vigilan las salidas de la ciudad...

—¿Vamos a retirar la vigilancia? —preguntó, incrédulo, Jones.

—¿A ti qué te parece? —masculló Rix—. ¡Claro que no vamos a retirarla! Si se creen que pueden tomarnos el pelo concentrándonos a todos en la nacional nueve, están listos. Todos en sus sitios... Pero con mucha más discreción que antes. En cuanto a la carretera nacional nueve, no quiero ver ni una mosca en ella..., pero quiero un enjambre en el momento oportuno. ¿Entendido, Johnny?

—Sí, señor. Allá voy.

Rix asintió con un gesto y se volvió sonriendo hacia el estupefacto taxista.

—¿Un cigarrillo, Max?

A las seis y veinte, con pocos minutos de diferencia, regresaron Warren, Crane y Taylor.

Crane informó:

—Serge Danowsky, cuarenta y cinco años, emigrado de Polonia en mil novecientos cincuenta, con una niña de cuatro años llamada Paulowa. Entrada legal en Estados Unidos. Oficial del Ejército polaco durante la Segunda Gran Guerra. Éste es, en síntesis, el informe del Departamento de Inmigración, jefe.

—Bien. ¿Y tú, Taylor?

—La «Ashenden» es una compañía de transportes. Serge Danowsky trabaja en ella como chófer desde mil novecientos cincuenta y dos. Primero llevaba un camión pequeño, para servicios de cercanías. En la actualidad maneja un camión de veinte toneladas, remolque incluido, que carga otras tantas, y sus viajes están calculados aproximadamente entre doce y quince horas. Es un hombre alto y fuerte, honrado, buen compañero, incapaz de buscar jaleos o negarse a cumplir en ningún momento con su trabajo. Tiene un sueldo aceptable: trescientos semanales. Una hija, Paulowa. Vive con ella en un apartamento en el doscientos cuarenta y cuatro de la East ciento ochenta y dos nd Street, Bronx. Esto es lo informado telefónicamente por la «Ashenden».

—Bien... ¿Warren?

—En el quinientos noventa de Asteria Boulevard hay, efectivamente, un estudio fotográfico. Perteneció a un tal Richie Vernon, ausente... Antes de montar ese estudio, Richie Vernon trabajó como conductor de camiones... en la «Ashenden». Es todo, de momento.

—De acuerdo... Supongo que todos dejasteis a un compañero siguiendo pistas complementarias.

Los tres

«G-men»
asintieron.

Rix suspiró.

—Es una situación que parece fácil de entender... a simple vista. Serge Danowsky está en un apuro, así como su hija. El fotógrafo, Richie Vernon, puede o no puede ser cómplice de Myra Cracov; si

no lo es, y, como supongo habréis pensado ya, es tan sólo un amigo de Danowsky, ha sido requerido para revelar el microfilm, y... no daría un centavo por su vida. Pero... pero también puede ser que tanto Danowsky como Vernon sean cómplices de la Cracov y estén jugando sucio con nosotros. Deduzco que ha sido Danowsky quien ha entregado el papel a nuestro amigo Max. Ahora sólo falta saber si hay algo de cierto en...

Sonó el teléfono y Rix descolgó de un golpetazo.

—¡Hola!...

...

—Bien. ¿Qué hay?

...

—Vamos para allá. Espéranos.

Colgó, pulsó el botón del «intercom» y ordenó:

—Jimmie: un coche inmediatamente.

—Sí, señor.

Rix se puso en pie, se guardó el mensaje original enviado por Serge Danowsky, y dijo:

—Localizamos a Danowsky por el listín, y Johnny fue para allá para intentar ganar tiempo. Y lo hemos ganado: Myra Cracov está en el apartamento de Danowsky... con cuatro hombres. Y si hay algo que parece seguro en estos momentos es que los Danowsky y el fotógrafo están en un auténtico apuro, aunque no sea inminente. Vamos a ver a Johnny...

John Jones regresó a su lugar de observación después de telefonar a Rix a la Delegación. Tal lugar era la ventana de la cocina, que daba al patio interior. No había allí escalera de incendios, pero John Jones hubiese podido competir con un gato en agilidad y silencio de movimientos. Parecía encontrarse más a gusto escalando paredes que caminando.

Y así, colgado a un lado de la ventana de la cocina, asomaba de cuando en cuando al interior para ver qué ocurría. Una de las veces estuvo a punto de caer de espaldas al patio interior, desde aquel primer piso. Fue cuando Paulowa Danowsky entró por primera vez en la cocina.

Y no debido al sobresalto, sino al aturdimiento que aquel estallido de belleza le ocasionó. Escondió la cabeza para volver a mirar unos segundos después.

La muchacha del jersey rojo estaba preparando café. Un hombre entró en la cocina, se acercó a ella y se colocó a su espalda, casi tocándola, susurrando algo. El hombre tenía un parche en una ceja. Ella miró hacia afuera de la cocina, nerviosamente. John Jones supo que aquel hombre desagradaba a la muchacha, pero ella no protestó cuando él le pasó las manos por las caderas, despacio...

Se apartó de él hacia otro lugar de la cocina. En seguida, John Jones vio aparecer al gigante en la puerta de la cocina. Era un hombretón de aspecto rudo, fuerte. Miró a la muchacha y luego, mirando al hombre, señaló con el pulgar hacia afuera de la cocina. El tipo que había acariciado a la hermosa muchacha del jersey rojo sonrió burlonamente, pero salió.

Jones miró su reloj a la luz de la cocina, y calculó el tiempo transcurrido desde la llamada a Rix. Se descolgó al patio interior y, un par de minutos después, aparecía en la calle.

Otros dos minutos después aparecía en la esquina prevista un gran coche. Jones fue hacia él y se metió dentro.

—¿Cómo va todo? —inquirió Rix.

—No sé qué pensar. Un tipo se está propasando con la muchacha que prepara café. Y el gigante lo ha echado de la cocina.

—La chica se llama Paulowa y es hija de Danowsky, el gigante.

—Ya...

—¿Qué más ha pasado?

—Nada. Pero pasará.

—Danowsky conduce un camión de veinte toneladas en la «Ashenden». Querrán escapar en él.

—Entonces no pueden matar a Danowsky.

—Supongo que no. Pero sí a los demás. Esa gente no se anda con tonterías, Johnny. Aunque seamos cinco, la situación no permite el ataque directo. Cabe en lo posible que los Danowsky y el fotógrafo sean cómplices de la Cracov, pero no podemos arriesgar sus vidas sin estar seguros... Quiero decir que si no lo son, lo primero que harán al atacar nosotros será matarlos, o utilizarlos para protegerse... ¡Mal asunto, maldita sea!

—Podemos dejarlos escapar.

Rix miró atentamente al

«G-man».

—¿Qué estás pensando?

—Pues eso: que se escapen en el camión de la «Ashenden». Si se tranquilizan puede que dominemos mejor la situación... ¡Je, je!

—¿De qué te ríes ahora? —Gruñó Taylor, al volante.

—Pues de que ahí tenemos a la Cracov y a cuatro tipos, nada menos.

—¿Y qué?

—No creo que Brian localizase a cinco elementos del grupo de espías. Quizá a uno o dos, como máximo, además de la Cracov. Pero se han asustado todos, se han reunido como ovejitas cuando viene el lobo... ¿No es estupendo?

—Lo será si los cazamos.

—Caerán, eso es inevitable... Lo que me gustaría saber es por qué la Cracov está escondida precisamente en el apartamento de Danowsky... ¿Cómo demonios habrá ido a parar ahí?

—Eso puede hacernos pensar que Danowsky es uno de sus amigos, ¿no?

—Claro. Pero, entonces... ¿por qué Danowsky nos envió la nota? No creo que sea un hombre tan tonto como para ignorar que nosotros haríamos algo más que ponernos en movimiento hacia la nacional nueve, a las siete... Por fuerza tenía que saber que lo encontraríamos antes... Es más: eso es lo que él quiere. Si no, ¿por qué poner su nombre en la nota y el de la «Ashenden»?

Rix se acarició la barbilla.

—Evidentemente Danowsky ha querido en todo momento que lo localizásemos... Pero nos ha dicho que pasará por la nacional nueve para darnos a entender que antes sería peligroso...

—¿Para nosotros? ¿Para la Cracov y esos tipos? El mismo peligro habrá para todos en cualquier otro lugar...

—A menos que la hija de Danowsky se quede en el apartamento.

—¡Eso es! ¡La hija! A ella es a quien Danowsky quiere preservar del peligro... O sea que se propone dejarla en el apartamento, o en el camino... Juraría que Danowsky está de nuestra parte. Pero ¡demonios!, ¿cómo ha ido a parar la Cracov a su apartamento después de matar a Brian?

—Ya lo sabremos... ¿Qué se te había ocurrido antes, Johnny?

—Dejarlos escapar, yo lo he dicho. Se entiende que quiero decir permitirles viajar por la nacional nueve hacia Canadá.

—¡Hum!... A Danowsky no le será tan fácil conseguir su camión

en horas fuera de servicio...

—¿Qué más da que sea «su» camión u otro camión? Lo que Danowsky quiere es llevarse a esa gente de su apartamento. Ellos no saben cuál es su camión.

Rix parpadeó.

—A ver, a ver eso...

—Danowsky sabe que cuando vaya a buscar su camión tendrá dificultades en la «Ashenden». No es corriente que un chófer recurra a un camión de veinte toneladas para pasear, y seguramente no se lo querrán dejar, Pero Danowsky nos ha enviado una nota en la que menciona la «Ashenden» y su nombre.

—¿Quiere que vayamos a la «Ashenden» y le facilitemos todo para que le den su camión?

—«Un» camión. Lo pedirá como el suyo, pero todo lo que él querrá será un camión. Usará cualquier pretexto para que se lo dejen de un modo... digamos particular. Sólo se trata de que en la «Ashenden» no se lo nieguen, pues todo podría complicarse demasiado.

—¡Mmmm!... ¿Sabes que Serge Danowsky fue oficial polaco en la Segunda Mundial? Eso quiere decir que no es tonto, que no es un hombre rudo, y eso es todo... ¿Crees que él ha podido pensar tantas cosas, Johnny?

—Ha tenido mucho tiempo. La Cracov se esfumó anoche. ¿Quién sabe dónde ha estado hasta ahora? Quizá con Danowsky, y éste ha tenido tiempo de pensarlo todo...

—Me parece muy complicado, pero posible. Está bien: nosotros nos encargamos de vigilar el apartamento. Si salen, nos haremos los tontos..., si así conviene. Me gustaría saber qué está pasando ahora ahí arriba...

CAPÍTULO V

QUE pasa ahora?

Richie Vernon miró con cierta irritación a la hermosa mujer de la cual estaba poco menos que harto.

—No pasa nada, señora. Sólo que todas las cosas del mundo requieren tiempo para ser acabadas.

—¡Son sólo unas micro fotos!

Vernon miró de reojo a su antiguo amigo Serge Danowsky. También se sentía algo irritado con él por haberlo metido allí, en su apartamento, con aquel grupo de personas ciertamente desagradables. Pero Danowsky no pareció darse cuenta de la mirada. Permanecía sentado en un sillón, sombría la expresión, cabizbajo. A su lado, la preciosa Paulowa parecía buscar la gran sombra protectora de su padre.

—Ya sé que son sólo unas micro fotos. Por eso mismo insisto en que si me las hubiesen llevado al estudio ya estarían obtenidas las copias y todos nos sentiríamos más felices.

—Está bien; acábelas ya.

Richie Vernon miró ahora, no sin inquietud, a los cuatro hombres silenciosos que había en el «*living*». No le gustaban. No es que tuviese un instinto especial para juzgar a la gente, pero de un solo vistazo era capaz de decirse a sí mismo: «Éste me gusta; éste no me gusta».

Y ninguno de aquellos cuatro hombres le gustaba.

No era tonto, aunque a veces le pareciese. Había sido camionero durante casi veinte años. En este tiempo había tratado a mucha gente de muy diversa catadura. A la mayoría los había conocido en la carretera. Luego, en el estudio fotográfico, se había sorprendido a sí mismo analizando a la gente cuando revelaba y ampliaba las

fotografías. La sorpresa había aumentado al darse cuenta de que era capaz de conocer al personaje por el simple fruncimiento de las cejas, por su modo de sonreír ante la cámara, o por la afectación con que sostenía el cigarrillo...

—Las acabaré a su debido tiempo. Serge, ¿tienes cerveza en el refrigerador?

Danowsky alzó la cabeza, como sobresaltado.

—¿Qué...?

—¿Tienes cerveza fresca?

—¡Oh!, sí, Richie, seguro. Te daré...

—Iré yo mismo.

Fue a la cocina, abrió el refrigerador y cogió una lata de cerveza. Cuando se volvió, uno de aquellos tipos estaba en la puerta de la cocina, mirándole.

—¿Quiere?

El tipo ni siquiera contestó. Vernon cogió un cuchillo y clavó dos veces en la tapa del bote. La cerveza estaba fresca... Eso era algo bueno que tenían los buenos camioneros como Serge Danowsky..., como él mismo cuando había estado al volante de uno de aquellos monstruos de la carretera: les gustaba lo bueno en buenas condiciones... Y, dijese lo que dijese los austríacos y los alemanes, la cerveza es una bebida para ser ingerida fría...

Richie Vernon quedó pensativo. Al diablo la fotografía. Siempre le había gustado, pero sólo como afición. Lo suyo era el volante...

Tomó una súbita decisión. Salió de la cocina con la lata de cerveza en una mano, y fue a sentarse junto a Danowsky.

—Serge, acabo de tener una idea.

—¡Oh...!

—Escucha: tengo algo de dinero... Es una cochinateda, pero lo he ganado haciendo fotografías... Estoy harto de ellas... ¿Cómo están las rutas ahora?

A su pesar, Danowsky miró con interés a Vernon.

—Más o menos como siempre. La prima por cuarto de hora ha sido aumentada. Los ayudantes que nos dan son mejores... ¿Por qué preguntas eso?

—Hagamos un trato: yo compro dos camiones, formamos una sociedad, y tú y yo nos jugamos el pellejo en el asfalto... Pondremos un chico listo en los embarques, y tú y yo a devorar millas. Iremos a

medias, Serge.

Danowsky quedó boquiabierto.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro.

—¿Y el estudio?

—¡Al diablo...! Te juro que jamás he sentido tanta nostalgia de nada como de un buen volante. Uno se siente hombre en la cabina; se vence al sueño, al tiempo, al peligro... ¿Qué dices? No es una mala oferta la mía, ¿eh? Por todos los infiernos... ¡daría cualquier cosa ahora por estar llevando un camión de veinte toneladas! ¡Y todavía lo haría mejor que tú!

Serge Danowsky comenzó a sonreír. Pero vio a Myra Cracov y sus palabras se apartaron por completo de la cuestión que estaba tratando Vernon.

—Será mejor que acabes esas fotos, Richie.

—¡Oh, no hay prisa!...

—Sí hay prisa —cortó secamente Myra—. Vaya a terminar su trabajo.

Richie Vernon no tenía ganas de discutir sobre aquello. Estaba harto de fotos. Lo que él quería era desmenuzar aquella idea suya de volver a la ruta, con Danowsky como socio y compañero. Eso iba a estar muy bien...

Se puso en pie, fue hacia el cuarto pequeño que habían habilitado para su trabajo allí, y se encerró en él.

Salió apenas un cuarto de hora después, llevando en las manos las fotos ampliadas, todavía húmedas. Antes de que tuviese tiempo de decir nada, Gurley Addison se las quitó de un manotazo y las miró ansiosamente. Su rostro se nubló en seguida. Se las tendió a Myra Cracov, que las esperaba con impaciencia.

—Tú y yo, Leman. Eso es todo.

Myra Cracov fue pasando lentamente las fotografías. Había nueve en total. En seis de ellas estaba la propia Myra, sola, y la mujer comprendió que habían sido obtenidas por Brian Samuels en diversos momentos: apartamento, Central Park, «*night-club*», apartamento, entrada al edificio, apartamento tendiéndole al «G-man»

un vaso...

De las otras tres, dos la mostraban a ella conversando ante un

escaparate con Gurley Addison. La tercera mostraba a Gurley Addison sentado en el banco de un parque, junto a Leman; a pesar de que para un observador corriente no podía tener importancia la concurrencia de ambos hombres en el mismo banco del parque, el F. B. I.,

tenía suficiente con aquella foto para buscar encarnizadamente a Leman, ya que los técnicos de interpretación fotográfica se darían cuenta, sin duda alguna, de que ambos hombres estaban diciéndose algo...

Eran unas fotos muy buenas. No ya como simple arte fotográfico, sino como exponente de la eficacia de un agente del F. B. I.,

que había sido asesinado por culpa de esa misma eficacia...

—¿Qué te parecen?

—Son muy peligrosas... Quisiera saber si antes obtuvo otras y ya están en poder del

F. B. I.

—No lo creo —musitó Addison—. Si hubiese enviado otras fotos al

F. B. I.,

Leman y yo estaríamos ya presos... En todo caso, este apartamento estaría «caliente», ya que nos estarían vigilando y nos habrían seguido hasta aquí.

—¿Cómo sabemos que no lo han hecho, Gurley?

—¡Oh, vamos...! Nos hemos metido cinco «puntos» en una ratonera. Ni siquiera el

F. B. I.,

puede ambicionar tanto... Los tendríamos ya aquí, queriendo apresarnos.

—Quizá tengas razón...

—No creo que el tal Samuels hubiese obtenido con anterioridad otra serie de fotos.

—Está bien. —Myra se volvió hacia Vernon, que escuchaba con evidente interés y sorpresa—... ¿Éstas son todas las fotos que había en el micro-film?

—Así es.

—La carga contenía muchas más... ¿Dónde están?

—No habían sido tomadas. Todo lo digno de ser revelado lo

tiene usted en sus manos.

—Vamos a ver si es cierto.

Vernon refunfuñó algo, pero obedeció. En el pequeño cuarto donde había hecho el trabajo, Myra Cracov encontró la diminuta tira de microfilm. La miró al trasluz, y, efectivamente, vio sólo nueve fotografías con contenido.

Apiló las fotos ampliadas, el microfilm, todo cuanto le pareció peligroso, y lo prendió fuego. Aquello destruía por completo la labor de un hombre que había muerto en el cumplimiento de su deber.

Richie Vernon contempló, estupefacto, cómo todo su trabajo se convertía en humo y cenizas.

—Es una manera tonta de desperdiciar cien dólares —masculló.

La Cracov se volvió hacia él, y lo miró como si no hubiese entendido, alzadas sus bien perfiladas cajas.

—¿Cien dólares?

—Eso es lo que va a costarles mi trabajo a domicilio, señora.

—¡Oh!, ya entiendo. Muy bien; aquí tiene el pago por su trabajo.

Sacó la pistola del seno y le metió dos balazos al fotógrafo en el pecho. La pistola hizo solamente «plop, plop»...; pero Richie Vernon notó como dos candentes lanzazos que atravesaban su cuerpo. Dos lanzazos rápidos. Sus ojos se nublaron hasta el punto de que todo lo que veía en aquel momento era la imagen retenida de los dos fogonazos... Lo demás era todo negro, profundo...

Se volvió y salió del cuarto, tambaleante, con los ojos vueltos hacia arriba, tendidas las manos...

—Serge... Serge...

Danowsky se puso en pie de un salto, pálido como un muerto... Sí, había oído aquellos dos suaves chasquidos, pero lo que menos se le ocurrió es que fuesen dos disparos. A su lado, Paulowa quedó no menos pálida que él, petrificada, desencajado el rostro.

El polaco se acercó a su amigo americano, pero cuando quería sostenerlo en sus brazos las piernas de Vernon fallaron, y cayó de rodillas.

—Serge, no... no entiendo... No entiendo...

Las dos manchas de sangre eran ya una sola en el amplio pecho del excamionero, que un minuto antes había estado soñando con volver al asfalto caliente, sobre un monstruo vibrante de veinte

toneladas de hierro y madera.

Danowsky también se arrodilló, a tiempo de recoger en sus brazos a Richie Vernon, cuando éste caía de bruces. Lo sostuvo en sus brazos y alzó la mirada hacia la puerta del cuarto donde se había hecho el trabajo de las micro fotos.

Myra Cracov estaba allí con la pistola en la mano, mirando con rostro impenetrable al moribundo.

—No has debido...

La Cracov alzó la pistola y disparó otra vez. «¡Plop!».

Danowsky notó la sacudida del plomo al entrar certeramente en el corazón de su amigo. Y aún fue más fuerte la sacudida de las piernas de Vernon en el último estertor.

Durante unos segundos el polaco estuvo mirando, atónito, el cadáver del hombre que le había propuesto el mejor asunto de su vida. El hombre que se sentía más completo con un volante de casi dos pies de diámetro en las manos.

Lo dejó en el suelo como si temiera lastimarlo y se puso en pie, tambaleante...

—Vamos, Serge —oyó como de lejos la voz de Myra—. Cualquiera diría que éste es el primer hombre que ves morir.

De pronto, Danowsky vio a su hija y comprendió que la muchacha estaba a punto de desmayarse, fuera de sí, a punto de gritar su espanto. Paulowa tenía la mirada fija en Myra Cracov, su madre, pero con la expresión de quien está contemplando un horror increíble... La garganta parecía oprimida, y era poco menos que milagroso que el grito no hubiese brotado ya...

El polaco se dejó caer junto a su hija.

—Pauly, no grites... Serénate... No debes gritar, hija. Deja de mirarla a ella, y a Richie... ¿Me oyes, Pauly?

Paulowa Danowsky miró a su padre, como ausente. Y, de pronto, una de las enormes manos del camionero golpeó con fuerza una mejilla de la muchacha, echándole violentamente la cabeza hada atrás. Del mecido rebote, la cabeza de Paulowa fue a parar a uno de los amplios hombros del camionero, que rodeó los de la muchacha suavemente.

—Eso es... Lloro, pequeña, lloro... Pero sin gritos, sin ruidos... Así... Muy bien, muy bien...

Ella se estremecía en contenidos sollozos, pero las miradas de

aquellos cuatro hombres estaban fijas en su nuca fina y suave, en el brusco agitarse de los senos, en las blancas manos que destacaban en la espalda de Danowsky...

Poco a poco, Paulowa se fue calmando. Su padre la apartó suavemente, la dejó sentada y él, levantándose, se encaró con su esposa, que parecía estudiar su posible reacción con curiosidad, todavía pistola en mano.

—Ya te llamé perra entes —habló Danowsky—, así que no voy a molestarte ahora... ¿Qué más hay que hacer?

—Nos vamos, Serge —dijo secamente ella—. Eso es todo.

—Está bien... Iré a buscar el camión. ¿Me esperáis aquí o en un lugar más conveniente?

—¿Qué estás pensando, Serge?

—¿Es que no queréis ir al Canadá esta noche?

—Desde luego... Pero nosotros diremos cómo.

—¿Cómo?

—Vamos a salir todos de aquí, pero por separado. Gurley y Murdock irán con tu hija...

Danowsky apretó fuertemente los puños.

—¿Con mi hija?

—Claro...

—¡Ella va a quedarse aquí!

—¿Nos crees estúpidos? ¡Sé muy bien de lo que eres capaz, Serge Danowsky! ¡Si no corre peligro tu hija eres capaz de tirarnos a todos, tú incluido dentro del camión, a cualquier barranco...! Ni hablar de eso, Jameson y Murdock irán por un lado. Tú y yo iremos a buscar el camión, para encontrarnos con ellos en el lugar queelijamos. Y Murdock y Gurley también irán a ese lugar, llevando a tu hija. Si nosotros no aparecemos a la hora señalada...

Miró a Paulowa y a Murdock y Addison significativamente. Por su parte, Danowsky miraba incrédulamente a su esposa.

—No es posible, Myra... No es posible...

—¡Tú harás lo que yo diga! ¡Y deja ya de pensar en lo que es posible y en lo que no lo es! ¡Vas a tener que ayudarnos hasta el final, Serge, eso es todo!

El polaco miró hacia el cadáver de Ritchie Vernon. Y, de pronto, lanzó una de sus manos contra el rostro de Myra Cracov, con tal fuerza que la espía salió disparada contra la pared, soltando la

pistola y girando sobre sí misma.

Rebotó violentamente, pero cuando Danowsky iba a recogerla de un nuevo golpe, Murdock se le colgó del cuello por detrás, pasando uno de sus brazos por la garganta del polaco.

Este quiso pasarse por encima suyo al espía, pero Murdock parecía esperarlo y ya se había aferrado con ambas piernas a la cintura del camionero, de modo que quedó pegado como un parche, al tiempo que su brazo apretaba más y más la garganta de Danowsky.

Jameson, Addison y Leman no perdieron el tiempo. El primero en pegar fue Jameson, que no perdonaba ni olvidaba el golpetazo con el que Danowsky le había abierto fácilmente una ceja. Le metió dos puñetazos en el estómago al mismo tiempo que Leman le atizaba un puntapié en el vientre.

Danowsky, con Murdock clavado en su garganta, cayó de rodillas, rojo el rostro, crispado por el intenso dolor producido por el puntapié.

Paulowa quiso ayudarle, pero Leman la tiró al suelo de un violentísimo revés, y, acto seguido, descargó un punterazo en el estómago de Danowsky, que palideció y se relajó. Murdock lo dejó suelto, pero el camionero se deslizó blandamente hacia el suelo...

Leman atrapó a Paulowa por el jersey, de modo que se veían casi completos los senos de la muchacha, y farfulló:

—Un solo grito tuyo, nena, y lo matamos como al fotógrafo. ¿Lo entiendes?

Paulowa tuvo que tragarse el grito, como si fuese un buche de hiel, cuando vio a Jameson golpear a su padre de nuevo en el estómago, con el pie. Luego le golpeó Addison. Jameson de nuevo. Otra vez Addison... Siempre con la punta del pie en el estómago. Los golpes resonaban sordamente en el apartamento, seguidos de los roncós gemidos de Serge Danowsky...

Myra Cracov, despeinada por el terrible bofetón, rojo un lado de su rostro, se interpuso entre sus hombres y Danowsky, furiosa.

—¿Estáis locos? ¿Quién creéis que va a sacarnos de Estados Unidos si le matáis? ¡Dejadle ya! ¡Tiene que estar en condiciones para llevar su camión!

Quiso ayudarle a levantarse, pero, Paulowa, soltándose de Leman, corrió hacia allí y la apartó de un empujón.

—¡No le toque! ¡No le toque, maldita asesina...!

La Cracov palideció. Gurley Addison soltó una risita y miró con ironía a su compañera de espionaje... ¿No era aquélla una divertida situación?

Paulowa ayudó a su padre a incorporarse. No demasiado, porque Danowsky no podía enderezarse del todo. Ayudado por su hija, encorvado, fue a trompicones hacia el cuarto de baño, doblándosele las piernas a cada paso, cayendo una y otra vez, manchando su camisa por la sangre que salía de la boca...

Y mientras, Gurley Addison seguía mirando con ironía a Myra Cracov...

Oyeron el rumor del agua corriente en el cuarto de baño, la congestionada tos del polaco, la sollozante voz de la muchacha...

—Traedlo —dijo Myra.

Jameson y Leman entraron en el cuarto de baño y sacaron a Danowsky a rastras, mientras Addison sujetaba a Paulowa, aprovechándose de la situación.

Lo tiraron sobre el sofá y Myra Cracov se inclinó sobre él con la pistola por delante.

—Serge, ¿me oyes?

El polaco asintió con la cabeza.

—Escucha bien: Gurley y Murdock se van a marchar ahora con tu hija. Luego saldrán Jameson y Leman. Los últimos seremos tú y yo, hacia donde está tu camión... ¿Lo entiendes?

De nuevo asintió Danowsky con la cabeza.

—De acuerdo. Tú y yo iremos a por el camión y recogeremos a los demás en un lugar apropiado... ¿Cuál te parece el mejor? Piensa bien lo que dices, Serge; no es una broma lo que está ocurriendo. ¿Dónde los recogemos exactamente?

—En... en el cruce de la... de la doscientos ochenta... y siete ínter... interestatal y la... la nueve nacional...

—¿Qué distancia hay hasta allí?

—Unas... doce millas...

—¿Vas a llevarnos por la nueve nacional?

—S-s-sí...

—Eso está bien... Es la más directa hacia Canadá. Termina en la mismísima frontera de la provincia canadiense de Quebec, y empalma con la nueve de allá, directa a Montreal. Ahora, atiende:

no hagas ninguna tontería... Serge, es por tu bien; sólo quiero llegar a Canadá... ¿Lo entiendes?

—Sí...

Myra Cracov se enderezó. Miró a Murdock y Addison y les hizo una señal.

Addison, todavía sujetando a la muchacha, la empujó hacia la puerta. Paulowa intentó resistirse, pero Myra Cracov la convenció muy fácilmente de que debía obedecer:

—Voy a matar a tu padre si no haces lo que te ordenamos... De modo que ve con ellos... Y pórtate bien... Ya nos encontraremos. Y si todo va bien, mañana estaréis otra vez aquí tu padre y tú... Depende de lo que hagáis.

Paulowa Danowsky miró a su padre, vencido, postrado a golpes. Luego, a Myra Cracov. Fue a decir algo, pero la mirada fija y extraña de aquella mujer, de aquella asesina, la convenció de que todo estaba dicho ya.

Segundos después, Paulowa Danowsky, Murdock y Gurley Addison abandonaban el apartamento.

Un par de minutos más tarde lo hacían Jameson y Leman. Todos sabían dónde tenían que volver a reunirse para escapar hacia Canadá.

Cuando quedaron solos, Myra Cracov se guardó la pistola en el escote, ayudó a Danowsky a ponerse en pie y lo llevó de nuevo al cuarto de baño.

—Es mejor que te duches otra vez, Serge. El agua fría te sentará bien.

Le ayudó a quitarse la ropa. El estómago del polaco estaba rojo y ya empezaba a mostrar los puntos morados donde se habían hincado los pies de Addison y Jameson...

—¿Crees que tienes roto algo?

—No, no...

—Te traeré ropa seca... Serge, no quisiera que escapases... Sé muy bien que puedes partirme en dos en un segundo y quizá sea eso lo que merezco. Pero si yo no me reúno con ellos, matarán a Paulowa... No importa que tú me mates a mí o no, Serge: si ellos no me ven llegar contigo, la matarán.

—Está bien.

—Lo siento, Serge.

El polaco miró despectivamente a su esposa. Ni siquiera se dignó contestar. Dio el agua, salpicando a Myra Cracov, y se desentendió de ella.

La espía por Rusia salió del cuarto de baño. Entró en el dormitorio de Danowsky, abrió el armario y sacó ropa para éste. Cuando ya la tenía toda sobre la cama, quedó pensativa unos segundos. Luego registró la mesita de noche, el armario, los cajones...

No.

No había allí ninguna señal, ningún recuerdo, ningún detalle que demostrase que Myra Cracov había formado parte alguna vez de la vida de Serge Danowsky.

Bien, ¿qué importaba?

Quince minutos más tarde los esposos Danowsky abandonaban el apartamento, salían a la calle y tomaban un taxi en dirección a la «Compañía de Transportes Ashenden».

CAPÍTULO VI

HABÍA no menos de veinte camiones en la gran explanada, la mayor parte de ellos con remolque, que estaban siendo cargados. Mecánicos, chóferes y cargadores iban de un lado a otro, gritándose instrucciones desde lejos; se oían los motores en pruebas; al fondo, a través de los cristales del café se veían más hombres, fumando y bebiendo en mesas y en el mostrador. La mayor parte de ellos llevaban cazadoras de piel y gorra.

No hacía frío, pero el airecillo resultaba más bien fresco... Aún faltaba para la primavera. Afortunadamente, en el interior de las cabinas de los camiones había una buena calefacción.

Junto al bar había un edificio de dos pisos, de grandes ventanales, con escalera exterior, de madera. En la primera plataforma un tipo muy gordo y de corta estatura, con una tablilla en las manos, iba anotando nombres y horarios en una gran pizarra iluminada desde arriba por dos tubos fluorescentes.

Danowsky iba contestando los numerosos saludos de los conductores. Todo el mundo lo conocía allí, algunos desde hacía diez y doce años, desde que entrara en la «Ashenden». Fueron éstos los que bromearon y silbaron cuando el polaco pasó con aquella bella mujer a su lado, y Danowsky tuvo que sonreír, aceptando las bromas.

Por fin, los dos llegaron debajo mismo del descansillo de la escalera exterior donde el hombre gordo apuntaba cosas en la gran pizarra. El gordo vio a Danowsky y a Myra, guiñó un ojo y fue a continuar apuntando. Pero, de pronto, se quedó inmóvil. Miró a Danowsky, la tablilla que tenía en las manos, y de nuevo a Danowsky.

—¿Qué demonios haces aquí, Serge? ¡Hoy no tienes servicio!

—Lo sé, Gilbert. Pero quisiera repasar el camión.

El gordo bajó las escaleras y se plantó delante de Danowsky, parpadeando. Ni siquiera le llegaba a la barbilla al polaco.

—¿Repasar el camión? ¿De qué estás hablando?

Se quedó mirando a Myra Cracov con disimulado interés, pero no intentando en absoluto disimular completamente la admiración por la bella acompañante del polaco.

—Algo no iba bien en el motor cuando llegué esta mañana, Gilbert, y, como salgo esta madrugada a las seis, quisiera estudiar el asunto.

—¿Estudiar el asunto? —volvió a repetir el gordo.

—Daré una vuelta con el camión y lo dejaré listo para las seis de la mañana.

—¿Es una broma, Serge? ¡Sabes muy bien que los camiones se dejan siempre en buenas condiciones al regresar de un viaje! ¡No me digas ahora que esta mañana no lo hiciste!

—Demonios, no grites tanto, Gilbert... No es necesario que se enteren todos. Estaba muy cansado. ¿Qué más da que lo dejase listo esta mañana o que lo arregle ahora?

—Bueno, pues te lo voy a decir: tu camión sale a rodar esta noche, sin remolque. Dentro de... quince minutos. Y te daré un consejo: si no quieres tener un disgusto ve a avisar a Johnny de lo que ocurre. Si le ocurriese algo...

—Lo buscaré... ¿Cómo demonios iba yo a saber que mi cacharro iba a rodar esta noche, si a las seis lo necesitaré yo?

—Es un viaje corto, de carga pequeña. Bueno, déjame en paz y ve a decirle a Johnny lo que hay en tu motor.

—Está bien...

—Y, felicidades —gruñó el gordo.

—¿Por qué?

Gilbert miró a la Cracov.

—Hombre...

Danowsky gruñó algo, dio media vuelta y se alejó con Myra Cracov, sonriente, colgada de un brazo. Pero, a pesar de la sonrisa, la espía no se relajaba.

—Tienes que conseguir ese camión como sea, Serge.

—Ya lo sé.

—¿No pudiste prever que lo usarían esta noche?

—¡Déjame en paz! Tú necesitas llegar a la frontera y yo voy a llevarte. Así que cállate.

Danowsky divisó su camión un par de minutos después. Como los demás, iba pintado de amarillo y negro, pero, también como los demás, llevaba un distintivo colocado por el propio conductor.

Cuando estaba llegando junto al vehículo, un hombre se separó de éste. Un tipo pelilargo, calzado con zapatillas que parecían a punto de reventar, pantalones que le estaban cortos y una cazadora también corta y presta a estallar por los hombros.

—¡Hey, Danowsky! —llamó—. ¡Maldita sea tu cochina estampa!

El polaco se detuvo delante del patilargo, que le llevaba casi una pulgada de estatura.

—¿Qué te pasa a ti? —Gruñó.

—No sé si te acuerdas de este pobre muchacho —el patilargo se tocó el pecho con un grasiento pulgar—: Johnny Jones, que las está pasando moradas con tu asqueroso camión.

Danowsky miró de reojo a Myra Cracov. El jamás había oído hasta entonces el nombre de Johnny Jones, pero eso no podía saberlo su esposa.

—Cálmate, Johnny. Precisamente he venido a dejarlo en condiciones.

—¿Sí? Qué bien... Pues más vale que te des prisa: salgo dentro de diez minutos y ni siquiera he desenganchado el remolque.

—Te ayudaré... Oye, se me ocurre algo bueno: vamos a desenganchar el remolque y luego te echo un vistazo al motor. Y, además, te llevo el camión unas millas para escuchar su latido... Lo conozco mejor que el de mi corazón.

Jones parpadeó.

—Hombre, Danowsky, tampoco te pido tanto...

—Lo haré con gusto, Johnny.

Jones miró a la Cracov.

—Por mí está bien, pero...

—¡Oh, no te preocupes por ella! —El polaco se volvió hacia su esposa—... Podríamos llegarnos hasta «Pallsades Park», Mary... ¿Qué te parece? Para volver, cualquier camión nos recogerá. Conozco a todos los chicos del volante que ruedan por todo el Estado...

Myra Cracov comprendió que Danowsky la estaba colocando en

aquella disyuntiva: o salían con aquel camión, o no veía el modo de conseguir otro. La elección era bien sencilla, aunque el patilargo tuviese que pasarlo mal...

—Lo que tú digas, Serge. Pero...

—Perdona, Johnny. —Danowsky apartó de allí a Myra—. ¿Qué te pasa ahora? ¿No estás conforme? Si no salimos ahora...

—Serge, sólo quiero que sepas que si salimos ahora en ese camión y con ese muchacho..., él no volverá. ¿Lo entiendes?

—¡No hay necesidad de matarlo!

—Eso lo decido yo.

—Pero... Pero...

—Sólo tienes que elegir entre él y Paulowa.

—Myra, no puedo creer que seas capaz de matar a tu hija...

—Yo, quizá no. Pero recuerda que la tienen Murdock y Gurley... Ellos sí son capaces si el camión no los recoge a tiempo.

—Por eso la enviaste con ellos... No serás tú quien dispare, Myra, pero si la matan, tú habrás sido quien realmente lo habrá hecho... Y no quieras engañarte a ti misma diciendo que los culpables serían Gurley y Murdock.

—También tú tendrías tu parte de culpa, Serge. Bien: tú decides sobre ese muchacho.

—Vendrá con nosotros... ¡No se puede hacer de otra manera, él tiene que salir en ese camión!...

—Pues ve a dejarlo todo preparado para salir cuanto antes.

—Te juro que me gustaría matarte, Myra.

Danowsky dio media vuelta y fue hacia donde esperaba Jones, quien preguntó:

—¿Alguna dificultad, Danowsky? Si es por mí, no te preocupes; me las arreglaré solo...

—Nada, Johnny. Pequeñas cosas. Vamos, antes que nada, a soltar el remolque.

—Okay...

Se metieron los dos entre el camión y el remolque. Jones, que manejaba una gran llave inglesa, se colocó de espaldas a Myra Cracov y empezó a desenroscar una de las enormes tuercas.

—John Jones, del

F. B. I.

—dijo en un susurro—. Recibimos su mensaje, Danowsky. Siga

tuteándome. ¿Nos está mirando ella?

—Claro. Pero no creo que pueda oírnos.

—Bien... ¿Hemos interpretado bien sus deseos, Danowsky? ¿Quería a uno de nosotros aquí, preparándole el terreno para que consiguiese fácilmente un camión?

—Así es.

—Estupendo.

—Mi hija quedó allá, Johnny... Quiero decir que continúa en poder de ellos. Creí que la dejarían en paz...

—Usted es un ingenuo, Danowsky... ¿Dónde están los cuatro hombres, su hija y el fotógrafo?

—Al fotógrafo le mataron. Se llamaba...

—Richie Vernon. Sabemos muchas cosas ya, Danowsky. ¿Adónde fueron los demás?

—Dos de ellos se llevaron a mi hija; los otros dos salieron solos. Nos encontraremos todos en el cruce de la doscientos ochenta y siete y la nueve, y continuaremos por ésta hasta Canadá... Si no aparecemos en ese cruce, a mi hija la...

—Despreocúpese. No estoy yo sólo en esto. Hay cuatro hombres más trabajando directamente y un montón en la nacional nueve... No le pasará nada a su hija, se lo prometo. Tenemos paciencia. Si no fuese así, ahora mismo estaría ya detenida Myra Cracov, y no habría muerto mi compañero.

—¿Qué..., qué compañero?

—Agente especial Brian Samuels; ella lo asesinó, Danowsky, aún no hace veinticuatro horas. ¡Bien, esto ya está!

John Jones cargó con las piezas de empalme del remolque y las metió en la caja lateral de herramientas del camión. Luego, los dos hombres subieron a la cabina.

—No me gusta el ruido de la directa, Danowsky. A ver qué te parece a ti...

Abajo, Myra Cracov no los perdía de vista. Los veía hablar, pero el ruido del motor, chirriante, le hubiese impedido oír nada aunque se hubiese acercado más. La expresión y gestos de los dos hombres parecían los que correspondían a dos conductores comentando el ruido desagradable del motor.

Jones se apeó cuando Danowsky, ante los mandos, paró el motor. Pasó junto a Myra, sonriendo tímidamente, como

disculpándose.

—En seguida estaremos...

Abrió el cepo, estuvo mirando unos segundos y, por fin, mirando hacia la cabina, encogió los hombros y separó las manos, en gesto de impotencia.

Danowsky se apeó, refunfuñando, y metió la mano por allí. De sobra sabían ambos que el motor funcionaba perfectamente.

Regresaron a la cabina.

—No quiero engañarte, Johnny. Ella quiere matarte a ti también.

—Es natural. Deje eso de mi cuenta. Oh, será mejor que yo le tutee también, Danowsky. Dígame... Dime una cosa, ¿cómo fue Myra Cracov a parar a tu apartamento?

—Es mi esposa.

Y Danowsky metió la primera y dio gas sin soltar el embrague, mirando de reojo al

«G-man».

Pero no vio signo alguno de alteración en aquel rostro de ojillos vivos.

—¡Su esposa!

Danowsky continuó probando el motor.

—Nos casamos hace veinte años en Varsovia. Cinco años después, ella facilitó nuestra emigración a Estados Unidos. Pero no se vino con nuestra pequeña y conmigo, sino que se quedó con un oficial ruso. Era ambiciosa y desnaturalizada, Johnny. A partir de entonces, supongo, pertenece a los servicios del exterior de la N. K. V. D.

Lleva nueve años en Estados Unidos.

John Jones se mordió los labios.

—¡Nueve años!...

—Así es... Ha viajado por todos ellos, por Canadá, por Méjico... Ya era fría y dura hace quince años, Johnny. Ahora es una maldita hiena capaz de comerse a sus propios cachorros con tal de sobrevivir...

—¿Qué está diciendo?

—Que no se haga ilusiones de enternecerla para que ordene a sus compañeros que suelten a mi hija, Johnny, eso estoy diciendo.

—Es una broma, Danowsky... ¿No?

—No. Ignoro si es capaz de disparar contra nuestra hija, pero sí ha sido capaz de dejarla en manos de sus hombres para que yo esté convencido de que mi Paulowa va a morir si no acudimos al cruce... ¿Lo entiende?

—Lo... lo entiendo... Pero no es posible... ¡Es su hija!

—¿Cree que eso le importa a ella?

—Por Dios...

—Si no tenemos más que hablar de momento, será mejor que deje de fastidiar el motor con falsas maniobras... ¿Salimos ya?

—De acuerdo. Dile que ya está el motor en condiciones, pero que quieres llevar el camión unas millas... Ya sabes. Esto... De todos modos, Danowsky, si prefieres que la aprese ahora y vayamos nosotros solos al cruce...

—¡No! Si Myra no aparece allí, matarán a mi hija.

—Está bien... Iré a hacer una llamada telefónica desde la oficina. Si ella te pregunta, dile que he ido a buscar la hoja de embarque.

—De acuerdo.

Jones saltó del camión y se encaminó hacia las oficinas. Danowsky se apeó, fue hacia el motor y lo tapó.

Myra Cracov se colocó a su lado.

—¿Adónde va ése?

—A buscar la hoja de embarque.

—¿De qué habéis hablado?

—Déjame en paz, Myra, ya te lo he dicho antes... ¿Crees que estoy de humor para darte conversación mientras aquellos cerdos tienen a nuestra hija?

—Con ese Jones sí hablabas.

—Hay que enseñar al que no sabe. El chico está un poco verde todavía. No distingue bien las protestas del motor...

—¿Tú sí?

—Claro.

—¿Qué tenía el motor?

Danowsky la miró, ceñudo.

—Vete al diablo.

Y encendió un cigarrillo.

Mientras, John Jones llegaba a la oficina de embarque, por la escalera exterior, pasando junto al gordo Gilbert.

—Creí que iba a echarme a sudar...

Jones sonrió levemente y continuó hasta la oficina. Había tres hombres y una chica allí, que lo miraron con curiosidad, pero él llegó a la puerta del fondo y entró sin llamar.

Un hombre de cabeza cuadrada, mandíbula enérgica y mirada dura se quedó mirándolo con expectación.

—Todo va bien, señor Ashenden... ¿Puedo llamar?

—Desde luego.

Segundos después, el

«G-man»

estaba en contacto telefónico con la Delegación.

—John Jones —dijo—. ¿Dejó algo el inspector Rix para mí?

—Sí. Ha dejado sueltos a los cuatro hombres y a la chica, y está detrás de Danowsky y de la Cracov. Dice que tienen que encontrarse y que basta seguir a esa pareja.

—Perfecto y cierto. Avisen a todas las patrullas y grupos de nuestros hombres que vigilan las salidas de la ciudad. La cosa está ya definida en la nacional nueve. Los demás, a descansar. Avisen al inspector Rix de que salgo en el camión de Danowsky, con éste y la Cracov, dentro de cinco minutos, que se aparte de la salida de la compañía «Ashenden», si es que aún está por ahí fisgando.

—De acuerdo... Ah, Jones, llegó información complementaria sobre Danowsky procedente del Departamento de Inmigración. La muchacha llamada Paulowa es hija de él... y de Myra Cracov, según consta en los documentos de entrada.

—Todo hubiese sido mejor si en lugar de encontrar a Danowsky con el tiempo tan justo hubiésemos sabido antes lo de la Cracov. Pero, claro, eso era imposible... ¿Sabe esto el inspector Rix?

—Sí. Ya le avisamos.

—Está bien... Que le pasen mi recado por radio y le digan que la Cracov es capaz de matar a su hija si fuese necesario... Eso es todo.

Colgó, se volvió hacia Ashenden y le tendió la mano.

—Le estamos muy agradecidos, señor Ashenden.

—Supongo que tenía que hacerlo.

Jones sonrió.

—Lo hizo, eso es lo importante. Hasta la vista.

—Adiós... Afuera le darán la hoja de embarque.

Jones salió, recogió la hoja que le entregó la muchacha y salió

del despacho. Volvió a pasar junto al gordo Gilbert, cruzó la explanada por entre los camiones y llegó al de Danowsky.

Éste y la Cracov, que lo habían visto llegar, estaban ya en la cabina, el primero ante el volante y ella en el centro del largo asiento delantero.

Jones subió y se sentó junto a Myra Cracov.

—Danowsky, el motor parece que va bien ya, de modo que si quieres quedarte...

—Quiero saber cómo lo dejo para las seis de la mañana.

—Bien... Bueno, yo lo decía porque tu..., porque la señora... Bueno, quizá ella no esté muy feliz en un camión.

Myra Cracov obsequió a John Jones con una deliciosa sonrisa.

—Me encantará ver trabajar a Serge... Y también me encantará pasear a la luz de la luna por «Pallsades Park»...

Jones encogió los hombros y se guardó ostensiblemente la hoja de embarque.

—Vámonos, Danowsky.

Poco después, el camión salía de la explanada de la «Ashenden» y rodaba hacia la calzada que, un par de millas más arriba, se convertiría en la nacional nueve.

John Jones no vio en ningún momento el coche en el que iban Rix, Warren, Taylor y Crane. Pero no importaba. Sabía perfectamente que aquel camión no llegaría a Canadá.

CAPÍTULO VII

JAMESON y Leman fueron los primeros en llegar al cruce, a pesar de haber abandonado el taxi a buena distancia de allí, poco menos que en los límites de la ciudad.

—No hay nadie.

—Ya vendrán.

—Esperemos que Addison y Gurley no hayan tenido contratiempos con la chica.

—Si acaso los habrá tenido ella con los dos. Pero todo es fácil ahora. La chica se portará bien por miedo a que le suceda algo al padre; y el padre se portará bien por miedo a que le hagamos algo a la chica.

Jameson pasó cuidadosamente la mano por encima del parche que llevaba en una ceja.

—Ese tipo es un bestia... —Gruñó—. De un solo manotazo es capaz de partirte la cabeza.

—¿Qué crees que decidirá Myra respecto a los dos?

—¿Qué ha de decidir? Está bien claro, ¿no? Esos Danowsky irán a reunirse con el fotógrafo en cuanto dejen de sernos útiles... ¿Acaso podemos hacer otra cosa?

Leman encogió los hombros. Sacó un paquete de cigarrillos, ofreció a Jameson y encendió uno para sí. Soltó un resoplido.

—Hace frío.

—Peor lo vamos a pasar en Canadá hasta que nos recojan... Si es que nos recogen.

—¿Qué estás diciendo? ¡Claro que nos recogerán!

—Tendremos que buscar contacto allí. Todo se ha puesto muy peligroso... Aquel maldito federal nos ha complicado la vida...

—Bien muerto está.

Pasaban algunos camiones y turismos en ambas direcciones. Cada vez que parecía que uno de ellos iba a detenerse, los dos espías miraban ansiosamente, esperando ver a Myra Cracov llamándolos para dirigirse hacia la frontera.

Pero quienes llegaron, también a pie, fueron Murdock, Addison y Paulowa Danowsky.

—¿Nada? —preguntó Murdock.

—Nada... ¿Cómo os ha ido con la chica?

—Bien. Es dócil.

—Myra no puede tardar en llegar, con Danowsky. Espero que cabremos todos en la trasera del camión... ¿Sabéis si la patrulla de caminos registra los camiones cerca de la frontera?

—Será mejor para ellos que no lo hagan —masculló Addison—. Llevo veinticuatro horas huyendo y ya tengo los nervios deshechos... Si nos detienen les va costar caro.

—Busquemos un lugar oscuro. Llamamos demasiado la atención les cinco aquí.

Se apartaron del cruce, introduciéndose bajo la oscuridad de algunos árboles. El paso de vehículos era incesante en ambas direcciones, y cada uno dejaba un rugido de motor en los oídos de las cinco personas que esperaban.

Apenas diez minutos después de haber llegado Addison, Murdock y Paulowa, apareció el enorme camión que comenzó a frenar al llegar al cruce. Cuando se detuvo completamente, a un lado del cruce, un hombre se apeó y pasó al capó, con todas las apariencias de quién se dispone a examinar el motor.

—Ése es Danowsky —musitó Leman.

—Vamos allá.

Primero salieron Leman y Jameson, con las manos en los bolsillos, apretando con la derecha sus respectivas pistolas. Se acercaron al camión y Danowsky pareció no darse cuenta de su presencia hasta que le saludaron.

—¿Qué tal, Danowsky?

—Todo va bien. Llevo un compañero, pero ha sido inevitable... Myra os lo explicará. ¿Y mi hija?

—Viene en seguida. ¿Quién es su compañero?

—Otro chófer de la compañía. Un chico pacífico.

—Lo será más dentro de un minuto...

Danowsky retuvo a Jameson por un brazo.

—¿Qué piensa hacer?

—Es fácil de comprender, Danowsky.

—Eso me temía... Está bien: maten a mi compañero y ya veremos cómo llegan a Canadá.

—¿Qué clase de amenaza estúpida es ésta?

—No es una amenaza, Jameson. Escuche esto. Anoche no dormí, durante el día de hoy tampoco he podido hacerlo. Hay unas doscientas millas de aquí a la frontera canadiense... Y no seré yo quien les asegure que vaya a estar despierto toda la noche, mientras las recorremos.

—Nosotros también sabemos conducir, Danowsky.

El polaco sonrió, como divertido.

—¿De veras? Bueno, será entretenido verlos manejando mi camión... Muy divertido. Pero no para ustedes.

—¿Cree que no podremos?

—Seguramente, sí... Con alguna dificultad, pero podrían hacerlo. Hay algún inconveniente, sin embargo; la «Highway Patrol» conoce a la mayoría de los conductores que rodamos por esta ruta, y no nos molestan, ni nos piden documentaciones ni siquiera en la frontera. Me gustará saber qué pasa cuando vean una cara nueva al volante... A lo mejor hasta se interesarían por el novato de la ruta.

Leman soltó un gruñido.

—Él tiene razón, maldita sea... De todos modos, no veo qué prisa tenemos en matar a ese tipo. Podemos hacerlo cuando haya conducido el camión unas cuantas millas y estemos cerca de la frontera.

—Ahí viene Myra. Ella decidirá.

Myra Cracov se estaba apeando del camión. Se acercó a Danowsky y sus hombres.

—¿Qué pasa ahora? ¿Los demás no han venido?

—Están esperando la señal para acercarse. Hablábamos del compañero de Danowsky. Parece que no es conveniente matarlo ahora...

—¿Por qué?

—Danowsky teme dormirse, después de cuarenta y ocho horas en blanco. Y la patrulla de caminos quizá interrogase al que se

pusiese al volante, de nosotros. Eso dice Danowsky, al menos.

—Está bien; no molestar a ese Johnny Jones. Que vengan los otros. Y vosotros, vigilad a al amigo de Serge. Tiene cara de tonto, pero esa cara sabemos ponerla todos cuando nos conviene.

Leman hizo una señal hacia donde esperaban los demás y se encaminaron en seguida hacia la cabina. Cada uno de ellos subió por un lado, pillando en medio a John Jones, que los miró con aspecto de no entender nada.

—¿Qué les pasa? En la cabina no se admiten...

Se calló bruscamente cuando vio la pistola de Jameson a medio palmo de su nariz.

—Muchacho, vas a apearte ahora, muy tranquilo, y te vas a meter en la trasera con nosotros. ¿Está claro?

Jones miró hacia el otro lado, como quién se dispone a abandonar rápidamente la cabina, pero la pistola de Leman casi se metió en su boca.

—Despacio. Tranquilo. Siempre tranquilo, muchacho.

—Oigan, si esto es un atraco, están perdiendo el tiempo.

—Es posible. Abajo, joven... Y con mucho cuidado. ¿Bien?

John Jones asintió con la cabeza, muy «asustado». Leman bajó el primero, de espaldas; luego Jones y, detrás de él, por el mismo sitio, Jameson, que fue quien registró a Jones, pasándole la mano por el torso, la cintura y a la altura de los bolsillos del pantalón.

Leman sonrió.

—No lleva nada.

—Pues adentro.

Leman empujó al

«G-man»

mientras éste miraba hacia el lugar desde el que se acercaban Murdock, Addison y Paulowa Danowsky.

—¿Qué hay dentro del camión? —preguntó Leman.

—Carga normal y corriente. No sé cuál... Lo que tengo que hacer yo es llevarla, que la descarguen, y ya está.

—Abre.

Jones sacó unas llaves y abrió las puertas traseras del camión-vagón. En aquel momento, los demás llegaban también a la trasera. Jones miró hoscamente a todos y, por fin, a Danowsky.

—Tú sabías algo de esto, Danowsky.

—Así es, Johnny.

—Pues eres un puerco... ¿Qué necesidad tenías de meterme a mí en el lío?

—Lo siento, Johnny.

—Escucha. Si piensas utilizar el camión para alguna clase de contrabando, te advierto que...

John Jones se quedó sin habla, sin respiración, cuando Leman le golpeó en los riñones con la pistola, tirándolo contra el borde del camión; un segundo golpe en el centro de la espalda e inmediatamente debajo de la nuca, fue suficiente para que el patilargo

«G-man»,

encogido, resbalase paralizado hasta el suelo.

—Metedlo adentro... —Oyó a Myra Cracov—. Pero nada de matarlo... todavía. ¿Está claro?

John Jones hubiese podido dar mucho trabajo todavía cuando empezaron a quitarle la cazadora, que era un distintivo rutinario del conductor sobre asfalto; y también pudo haber hecho mucho daño cuando lo alzaron entre dos para tirarlo dentro del camión. Pero para hacer eso no habría sido necesario complicarse la vida con anterioridad.

Lo cierto, lo interesante además, era que Myra Cracov y sus cuatro hombres se habían reunido, al fin, en un lugar despejado. Ya «sólo» faltaba apartar de ellos a los Danowsky, de modo que no corriesen peligro cuando llegase el momento crucial.

Sí. «Sólo» faltaba eso...

Lo tiraron dentro después de balanceado entre dos sujetándolo por los sobacos y los tobillos. Luego empezaron a subir los demás.

Con los ojos entrecerrados, John Jones los fue mirando y contando. El resultado fue comprender que uno de ellos, con su cazadora, se había colocado en la cabina, junto a Danowsky, que continuaría conduciendo el camión.

Alguien abrió el ventanillo que comunicaba el carguero del camión con la cabina, y la luz de ésta disipó fantasmalmente las sombras del interior.

El motor se puso en marcha...

John Jones notó unas manos suaves en su rostro. Paulowa Danowsky, inclinada sobre él, le tocaba la frente.

—¿Está usted bien?

—No sé...

—Le ayudaré e sentarse.

El rectangular foco de luz suave que llegaba de la cabina daba en el rostro de la muchacha, crispado por la angustia. De buena gana, John Jones habría empezado a bofetadas allí mismo, pero indudablemente unas bofetadas no eran gran cosa contra unos cuantos plomos.

Paulowa lo «ayudó» a sentarse, con la espalda apoyada en un saco. Los demás estaban colocando la mercancía de modo que formase una barrera entre ellos y las puertas de atrás si éstas eran abiertas. Sacos, cajas, embalajes de cartón...

—Gracias... ¿Qué está pasando?

La respuesta la obtuvo en la fría voz de Myra Cracov:

—Cállese, Jones.

El camión rodaba a buena velocidad. Ciertamente, no podía decirse que la situación hubiese mejorado mucho en cuanto a dejar las manos libres al

F. B. I.,

para actuar rudamente. No sólo los Danowsky continuaban en poder de aquella gente, sino que un agente federal estaba también prisionero del grupo de espías...

Sin embargo, John Jones tenía el convencimiento de que Serge Danowsky también encontraría una salida para aquello. Una salida parcial, que requeriría ayuda, como el hecho de haber avisado al

F. B. I.,

pero salida al fin. Sólo era necesaria una pequeña coyuntura, un respiro...

¿Sabría proporcionarlo Serge Danowsky?

—Esto les va a costar caro —masculló Jones en su papel de tonto completo—. No crean que me voy a callar la boca cuando me suelten.

—Está bien. Pero cállela ahora.

—Tendrán que matarme para que no diga lo que ha sucedido.

La respuesta que obtuvo fue un par de risitas. Tan expresivas, que habría sido necesario que Jones fuese tonto de verdad para no comprender su significado.

Veía, un tanto confusos, los rostros de aquella gente. El que

mejor veía era el de Paulowa Danowsky, y eso le pareció estupendo. Así es la vida. En Nueva York había unos cuantos millones de chicas que cada día circulaban por la ciudad la mar de pimpantes y graciosillas... Pero no, señor: el día en que John Jones encuentra la que le gusta, está poco menos que muerto... ¿Cuándo lo liquidarían, si es que llegaba el caso?

—Quiero fumar.

—Si no se calla, le voy a partir los dientes, muchacho. Eso será lo que fumará.

—Quiero...

Un golpetazo en el hígado le hizo comprender que ya estaba bien de hacerse el tonto cabezón; tampoco convenía exasperar demasiado a tipos como aquéllos, capaces de meterle media docena de balas en el cuerpo y quedarse tan tranquilos.

Una mano de Paulowa Danowsky se posó en su hombro, consoladora, y John Jones se dijo que el golpe había valido la pena...

La sirena de un patrullero motorizado empezó a oírse dentro del camión y se fue acercando por detrás. Pasó junto a ellos a todo ulular y casi en seguida dejó de oírse.

Pero el camión se había detenido bruscamente.

Afuera se oyeron las voces:

—¿Otro viaje, Danowsky?

—Hola, Mac... ¿Pasa algo?

—¿Quién es tu ayudante hoy? No le conozco.

—Es nuevo. Me fastidian los nuevos porque no saben nada de nada. Se llama Carlemere... ¿Qué demonios quieres, Mac?

—¿Adónde vas hoy?

—Por la nueve arriba. Poca cosa. Un viaje extra, con prima aparte. Una ganga sin remolque, Mac... ¿Y Pete?

—Anda más arriba... Muy bien, Danowsky. Sigue.

—Muy bien... Hasta la vista, Mac. Oye, llama por la radio a Pete y dile que no me fastidie. Quiero llegar pronto.

—Okay... Eres un neumático viejo en esta carretera. Llamaré a Pete y le diré que vas sin remolque y con un chico nuevo. Tendrás carretera libre.

—Gracias, come asfalto.

Oyeron la risa del motorizado y de Danowsky. Inmediatamente,

el camión reanudó la marcha. Y no menos inmediatamente, la tensión se aflojó en el interior del camión, de un modo ostensible, matizada por algún suspiro. Oyeron el zumbido de la potente motocicleta alejándose de ellos.

John Jones hubiese sonreído de buena gana. El patrullero le había dicho a Danowsky que tendría la carretera libre, y eso estaba muy bien. Había que confiar a la presa...

Una hora más tarde, por el ventanillo que daba a la cabina entró mucha más luz y se oyeron claramente ruidos por el exterior. John Jones supo entonces que estaban atravesando Poughkeepsie, y que, por tanto, llevaban recorridas cuarenta millas aproximadamente.

Después, de nuevo la luz de la cabina solamente. Y como sonido, el del motor del camión.

Calculó que debían ser aproximadamente las once. Teniendo en cuenta que hasta la frontera canadiense faltaban todavía unas doscientas cincuenta millas, calculó que el camión llegaría allá alrededor de las cinco de la madrugada... Si es que llegaba.

Lo cierto, sin embargo, era que no se le ocurría ninguna solución para intentar arreglar la situación... ¿No habría confiado demasiado en su reconocida facilidad para salir de apuros? Al fin y al cabo estaban en poder de cinco espías soviéticos, cada uno de los cuales, por sí solo, debía tener la inteligencia mínima para hacer frente a la situación, para prever los diversos peligros y celadas que podían existir...

Hada las doce menos cuarto, cuando calculaba que debían estar cerca de Hudson, a orillas del Hudson River, el motor del camión hizo un ruidito chirriante, como de engranajes que no encajan bien.

Y John Jones frunció el ceño. Era el ruido del cambio de marchas mal efectuado... Pésimamente efectuado. ¿Podía pensarse eso de un hombre que llevaba quince años conduciendo camiones?

A las doce y cinco, recién dejada atrás Hudson, el ruido se repitió, casi idéntico...

En la cabina, junto a Danowsky, fue Lemman quien frunció el ceño esta vez.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Nada.

—¿Qué es ese ruido?

—El motor no esté en perfectas condiciones.

—Mentira, Ustedes siempre llevan el camión en perfectas condiciones. No haga el tonto, Danowsky.

El polaco encogió los hombros. Movi6 la mano derecha hacia detr6s de Leman, y cuando 6ste se apartaba y sacaba la pistola, Danowsky mostraba de nuevo la mano, con el paquete de cigarrillos que llevaba en la litera. Mir6 con cierta burla a Leman, movi6 el paquete hasta que sobresali6 un cigarrillo y se coloc6 6ste en los labios. Dej6 el paquete de nuevo en la litera, sac6 el encendedor y prendi6 el cigarrillo.

—Si est6 pensando en el truco de decir que el cami6n se ha averiado, olv6delo, Danowsky.

—Puede preguntarle a Myra. Ella sabe muy bien que entre mi ayudante y yo tuvimos que echar un vistazo al motor antes de salir. Quiz6 falle de muero.

Leman no confiaba. Estuvo mirando unos segundos al polaco y de pronto se volvi6 en el asiento, poni6ndose en pie en 6l y acercando la cabeza al ventanillo...

Todos notaron su presencia porque el interior del carguero qued6 casi completamente a oscuras.

—Myra...

—¿Qu6 hay, Leman?

—Me parece que Danowsky tiene ganas de jugar... ¿Es cierto que 6l y el muchacho tuvieron que reparar el motor?

—S6... ¿Est6 fallando otra vez?

—Eso parece... Danowsky no quiere convencerse de que si nosotros no llegamos a Canad6 las cosas no van a ir bien para nadie.

La cabeza de Leman desapareci6, y ahora John Jones, despu6s de aquellos segundos de oscuridad, vi6 mejor que antes. Paulowa Danowsky estaba sentada junto a 6l. Delante ten6a a Myra Cracov y a su lado a uno de aquellos hombres. Al otro lado, los otros dos, con la espalda apoyada en la caja del cami6n...

Calcul6 que ser6an las doce y media cuando el motor volvi6 a protestar por medio de las piezas del cambio de marchas. Y esta vez con m6s violencia.

John Jones desliz6 lentamente su mano hacia su izquierda, hasta que encontr6 la de Paulowa Danowsky. La tom6 y la presion6 con fuerza. La bella muchacha polaca lo mir6, pero sin demostrar

sorpresa ni hacer comentario o gesto alguno. Simplemente cerró su mano en los bordes de la del «G-man», que a su vez la sujetaba con fuerza.

Si no sucedía ahora, John Jones no confiaría ya en encontrar un modo de hacer frente a la situación con un mínimo de garantías.

En la cabina, Leman miraba hoscamente a Danowsky. Éste comprendía que el espía no se creía lo del fallo del motor, y que al menor asomo de trampa le mataría...

Movió la mano derecha hacia la litera. Leman se apartó un poco solamente, de modo que Danowsky no tuviese que forzar su postura, con riesgo de perder el dominio del volante.

Pero esta vez Serge Danowsky no quería les cigarrillos. Había estado planeando aquello, confiando a Leman, durante ochenta millas.

No.

Esta vez no quería fumar.

Por un instante cerró los ojos. Tarde o temprano algo tenía que ocurrir allí, y ningún momento mejor que aquél. Ahora sólo quedaba por saber qué clase de inteligencia tenía el patilargo agente del

F. B. I.,

que estaba atrás, con su hija...

Bruscamente, la mano de Danowsky se disparó hacia delante, cazando a Leman por la nuca, clavándose allí los largos y fuertes dedos del gigantesco polaco y empujando la cabeza del espía contra el volante, con tal fuerza y rapidez que Leman ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

La frente pareció hincarse en el volante, con seco chasquido; la cabeza se venció hacia atrás violentamente y se oyó el chasquido de huesos otra vez.

Leman quedó muerto instantáneamente, hundida la frente y roto el cuello. Danowsky lo empujó al otro extremo de la cabina de un manotazo. Estaba muy pálido y sus manazas se crispaban en el volante cuando empezó a manejarlo de un modo que hacía presumir locura.

El camión empezó a zigzaguear con bruscos bandazos. Los

neumáticos rechinaban con fuerza en el asfalto y las luces iban hacia todos lados...

Serge Danowsky miró hacia la cuneta, el terreno llano que había junto a ella, la pequeña hondonada... Lanzó el camión hacia la cuneta, la saltó, dio un nuevo bandazo... y la potente máquina cayó de lado con un fuerte crujido.

CAPÍTULO VIII

CUANDO el camión volcó, John Jones, llevando a Paulowa Danowsky de una mano, a tirones, había conseguido llegar ya a las puertas traseras, pasando por entre los tres hombres y Myra Cracov, quienes, no esperando aquello, habían sido lanzados de un lado a otro de la caja por los bandazos del zigzag.

Él sí había esperado algo así. ¿Qué otra cosa podía intentar Danowsky sino algo que evitase a les espías que utilizasen sus armas? La clave de todo estaba ahí, y el

«G-man»

lo había comprendido desde el principio.

Pero, cuando estaba a punto de abrir las puertas, el camión efectuó el brusco salto de lado y el

«G-man»

y la muchacha salieron violentamente lanzados contra una de las paredes. Los sacos y las cajas iban de un lado a otro del camión, golpeándolos a todos, derribándolos.

El primero en reaccionar fue John Jones, empujando un par de cajas hacia donde calculaba que estaban Myra Cracov y sus hombres, y volviéndose inmediatamente para abrir las puertas. Notaba el calor de la sangre en la frente y un lado de la cara, pero aquello no tenía importancia...

Abrió las puertas y una de ellas cayó como si fuese un puente móvil. El interior del camión se llenó de luz de luna y de estrellas. Muy cerca se oían ya varios coches acercándose y el rudo trepidar de alguna moto.

Jones se volvió y vio a Paulowa Danowsky de rodillas y pegada de pecho a la pared del camión por la presión que ejercía en su espalda una gran caja. La empujó y tiró rápidamente de la

muchacha, sacándola del camión poco menos que a rastras.

Oyó la vez del polaco, crispada:

—¡Jones!...

—¡Corra, Danowsky! ¡Aléjese!

De dentro de la caja del camión brotó un disparo y John Jones notó el seco zumbido de la bala junto a una mejilla. Paulowa Danowsky se estaba incorporando, pero el

«G-man»

la derribó de nuevo al tirar de su brazo para apartarla de la línea de tiro.

Inmediatamente la ayudó a incorporarse, a un lado del camión. Danowsky acababa de aparecer allí, tambaleante, con la cara llena de sangre...

—¡Váyanse los dos! ¡Corran!

El

«G-man»

se inclinó a recoger el grueso pedrusco que había visto en el suelo justo cuando Murdock salía del camión, desconcertado, pistola en mano, empero.

El espía vio ante él, de frente, a John Jones, y a los Danowsky, de espalda, corriendo, alejándose de la carretera, campo adentro.

Estaba a punto de alzar la pistola en dirección a ellos cuando John Jones lanzó el pedrusco con toda su fuerza. El pétreo proyectil acertó a Murdock en el centro del pecho y lo derribó como si fuese un muñeco de paja, arrancándole un horrible alarido de dolor. El espía saltó hacia atrás, soltando la pistola, cayendo sobre Jameson y Myra Cracov, que salían a trompicones en aquel momento. El brazo izquierdo de Jameson colgaba inerte al costado y el rostro del espía estaba pálido y crispado por el dolor del hueso roto.

John Jones corría ya campo adentro, en pos de los Danowsky. Ni pensar en hacer frente a los espías soviéticos estando desarmado. Tenía una oportunidad de zafarse de ellos y ése era, a fin de cuentas, el objetivo que habíase propuesto el

«G-man».

De dar caza a los espías se encargarían el inspector Rix y los demás..., que ya estaban llegando.

Por detrás de él, Jones oía el crepitar de numerosos disparos, chirriar de neumáticos, gritos... Rayos de luz barrían la oscuridad

por todos lados, inicialmente desorientados, pero enfocando poco a poco los objetivos...

El

«G-man»

se volvió, sin dejar de correr detrás de los Danowsky. Vio los coches y las motocicletas de los patrulleros en la carretera... Y muy cerca de él, también corriendo en la misma dirección, Myra Cracov y tres de sus hombres. Faltaba uno... ¿Qué habría hecho Danowsky con él?

Los disparos cesaron y la irritada voz de Rix llegó hasta John Jones, ordenando alto el fuego. Naturalmente, Rix había visto que los espías corrían en la misma dirección que él y los Danowsky y sabía que una bala podía alcanzarlos a ellos si fallaba el grupo perseguido.

Por delante de él, Jones vio la pequeña luz cuando alcanzaba ya a los Danowsky. Serge ayudaba a su hija a correr y el agente del F. B. I.,

tomó el otro brozo de la muchacha, ayudándola, con lo que la velocidad de la carrera aumentó.

Desde atrás, Myra Cracov y los suyos disparaban contra ellos. Pero era difícil acertar un blanco móvil, de noche, y teniendo en cuenta que quién disparaba también se movía.

La luz se iba acercando. Podían distinguir ya una pequeña cabaña, un cobertizo más bien, una especie de refugio, posiblemente de un cazador o pescador que lo llamaría su «cottage»...

Una puerta se abrió en el momento justo en que los espías soviéticos disparaban nuevamente. El hombre que había abierto la puerta quedó un segundo inmóvil y, de pronto, debió ver el tornado de fuego y plomo que se le venía encima y echó a correr, alejándose de la cabaña, dejando abierta la puerta...

Segundos después, John Jones y los Danowsky entraban en la cabaña y cerraban la puerta tras ellos.

—¡La luz! —gritó Jones jadeante.

Danowsky dio un manotazo a un par de interruptores que vio juntos. Se apagó la luz del interior y también la que había en el exterior y que los había guiado hasta allí.

Quedaron los tres quietos, jadeantes... Afuera se oían

nuevamente disparos, y algunas balas dieron en la fachada de la diminuta cabaña...

Myra Cracov, Ja mesón, Murdock y Gurley Addison, corrían cuánto podían hacia la cabaña cuando Jones y los Danowsky entraban y cerraban la puerta a menos de setenta yardas de ellos. Por detrás llegaba el rumor de la persecución y luces de linternas que los iluminaban de cuando en cuando.

Unos cuantos disparos, bien ceñidos, hicieron comprender a los perseguidos que la situación se estaba definiendo y que si continuaban corriendo lo único que iban a conseguir era ser cazados como conejos, en plena marcha.

Un montón de troncos no demasiado grandes, apilados delante de la cabaña, a unas treinta yardas, era todo cuanto podían encontrar para protegerse. Correr más era precipitarse hacia la muerte, ya que en el tiempo que necesitarían para derribar la puerta de la cabaña serían fatalmente acribillados. En cambio, podían protegerse tras los troncos; no importaba que diesen la espalda a la cabaña, porque sabían perfectamente que ni los Danowsky ni John Jones iban armados. Ellos se quedarían acurrucados allí dentro hasta que todo hubiese pasado.

Todo...

Myra Cracov y sus hombres habían comprendido ya que su fin era inevitable. Sólo se trataba de, en lugar de ser cazados como conejos, parapetarse bien y perjudicar lo máximo posible a quienes, inevitablemente, acabarían matándolos a ellos.

Era todo lo que podían hacer: morir matando.

Murdock fue el primero en saltar tras los troncos. Detrás de él, Jameson y Addison, mientras Myra Cracov daba un violentísimo tropezón y salía rodando lejos de los troncos, en los cuales empezaban ya a rebotar algunas balas.

Myra Cracov se encontró cerca de unas matas que casi la ocultaban, y a no mucha más distancia de la cabaña que de los troncos. Casi implicaba el mismo riesgo correr hacia la cabaña que hacia los troncos. Con la ventaja de que hacia la cabaña tenía el camino bien cubierto de matas y hacia los troncos estaba completamente despejado...

Empezó a arrastrarse hacia las matas. Si conseguía pasar por entre ellas, llegaría a la cabaña aunque fuese dando un pequeño

rodeo.

Gurley Addison la vio y quiso correr tras ella. Siempre sería más efectiva la defensa en la cabaña que tras los troncos... Pero un balazo en un hombro, que lo derribó allí mismo, hizo comprender a Addison que la casualidad que había favorecido a Myra Cracov no estaba de su parte.

Se encogió detrás de los troncos, sangrando. Jameson, más encogido que él, estaba palidísimo y se sujetaba el brazo roto con un gesto tal de dolor que era probable que se desvaneciese de un momento a otro. El único ileso del grupo era Murdock, que miraba a todos lados, jadeante, sin disparar... Ileso relativamente, pues la pedrada que había recibido en pleno pecho le había producido tal dolor que se sentía ahora a punto de estallar.

De pronto cesaron todos los disparos y se apagaron las linternas. Una súbita y sorprendente calma.

—¿Y... y Myra...? —jadeó Murdock.

—Hacia la cabaña...

—Tendríamos que llegar... nosotros también...

—Es... imposible...

Murdock se pasó la lengua por los labios. No le engañaba el silencio, la súbita calma... El círculo se estrecharía rápidamente. En muy pocos minutos quedarían completamente rodeados y la protección de los troncos no les serviría de nada... Sabía por qué no estaban muertos ya: querían vivo a uno por lo menos. A todos, si era posible, para exprimirles fuese como fuese. Era lo lógico. Pero, de un modo u otro, el círculo se iría cerrando y entonces tendrían que elegir entre entregarse o morir, haciendo frente a la situación.

Y para esto último, la cabaña era ideal. Mientras tuviese un soplo de vida, una sola bala en su pistola, no le cazarían...

—Voy a intentarlo...

Saltó de pronto, alejándose de los troncos, corriendo...

Se oyeron varios disparos y Jameson y Addison vieron a Murdock girando velozmente sobre sí, violentamente empujado por las balas... Los giros terminaron sobre unas matas, en las cuales se hundió el espía como un saco.

Gurley y Addison se miraron.

Bien. Aquello le llegaba un día u otro a un espía.

¿Por qué quejarse?

CAPÍTULO IX

MYRA Cracov llegó, arrastrándose, hasta un lado de la cabaña y estuvo a punto de lanzar un grito de alegría al ver le ventana, solamente ajustada. La luz de la luna daba de lleno en ella.

Tenía que llegar allí antes de que uno de los Danowsky o John Jones se diese cuenta de ello y la cerrase... ¿O era una trampa para cazarla a ella dentro de la cabaña? No hacía mucho frío, pero tampoco calor, ni mucho menos. ¿Era el propietario de la cabaña una de esas personas que duermen con aire puro incluso en invierno y en una cabaña? ¿Por qué no?

Se incorporó un poco y corrió hacia la ventana entreabierta. Quedó pegada a la pared, inmóvil, conteniendo el jadeo de tensión y cansancio. Dentro no se oía absolutamente nada...

Asomó brevemente la cabeza. La ventana era baja; la parte inferior del marco le llegaba apenas a mitad del tórax. Vio otra ventana, en el lado opuesto; aquélla estaba cerrada. Y vio las tres sombras sentadas en el suelo, en el rincón.

Myra Cracov se subió la falda y la combinación, arrollando ambas prendas hasta su cintura. Luego empujó de pronto la ventana y se colocó sobre ella, de lado, de un ágil salto. A la luz de la luna vio al larguirucho John Jones iniciando el movimiento de ponerse en pie.

—Quieto —amenazó fríamente, apuntándolo.

John Jones obedeció y ella pasó las piernas al interior de la cabaña y saltó. Estuvo a punto de caer cuando uno de sus pies quedó sobre un taburete, o una silla, pero de nuevo llegó a tiempo de controlar la situación, amenazando al inquieto John Jones.

—¡No se mueva, Jones!

Afuera todo era silencio, quietud.

Myra Cracov avanzó hasta quedar delante de los Danowsky y del «G-man»,
apuntándoles con la pistola.

—Me has engañado, Serge.

—Así es.

—¿Crees que voy a perdonártelo?

—No. No lo creo.

—¿Qué pasó con Leman?

—Lo maté. Le rompí la cabeza contra el volante, le partí el cuello...

—Hiciste mal... Estabas jugando con la vida de tu hija, Serge.

John Jones empezó:

—No es posible que usted...

—¡Cállese, Jones! —pidió Danowsky, crispado.

—Pero ella...

—¡¡¡Cállese!!!

—Escuche, Danowsky, la...

—No diga más. No hable, Jones. Las cosas están bien así... No haga comentario alguno.

Myra Cracov se echó a reír quedamente, con un tono helado. El «G-man»
la miró, miró a Serge Danowsky, a Paulowa y, por último, de nuevo al polaco.

—Creo que entiendo, Danowsky... Lo que usted me dijo es cierto: ella no vacilará en disparar contra... contra los tres.

—¿Qué importa eso? Sólo le pido que no diga nada. Jones: sólo eso.

—Está bien.

—¿No quieres que se digan las verdades, Serge? —volvió a reír Myra Cracov—. ¿Por qué?

—Porque conocer algunas monstruosidades no alegra la vida de nadie, Myra.

La voz de Paulowa Danowsky se oyó inesperadamente, suave, lenta, serena:

—Myra... ¿qué más?

—Myra Cracov —rió la espía.

—No... No...

—¿Por qué no?

—Porque..., porque Myra Cracov era el nombre de mi madre. Pero ella..., ella murió hace muchos años, en Polonia...

Myra Cracov se echó a reír una vez más.

—Entonces, yo debo ser un fantasma... ¿No crees que arriesgaste demasiado la vida de tu hija, Serge, al matar a Leman y volcar luego el camión?

—Confíaba en John Jones. Él tenía que entender lo que yo iba a intentar, y sabía que protegería con su vida la de mi hija. Lo ha hecho.

—Es un muchacho inteligente tu ayudante, ¿no?

—No es mi ayudante.

—¿No? ¿Quién es?

Jones fue quien contestó, secamente:

—Aquí no es usted la única en usar falsa personalidad. Mi nombre verdadero es John Jones, pero no soy ayudante de chófer ni nada parecido. Soy un agente especial del

F. B. I.

Un compañero de Brian Samuels.

—Oh... Entiendo... Entiendo. ¿Cómo dio conmigo, Jones?

—Yo le avisé —dijo Danowsky—. Envié una nota dirigida al

F. B. I.,

y a la

C. I. A.,

diciendo que la espía conocida con el nombre de Myra Cracov estaba en mi apartamento y que la llevaría por la nacional nueve hacia Canadá.

—¡No pudiste enviar ninguna nota!

—Pregúntaselo al taxista que la recibió envuelta con un billete de diez dólares cuando nos trajo desde el estudio de Ritchie Vernon.

—Maldito... ¡Maldito seas, Serge!

Danowsky encogió los hombros, demostrando que los deseos o maldiciones de Myra Cracov le tenían sin cuidado. Tampoco parecía importarle demasiado lo que la espía pensase hacer con él.

—Le voy a dar un consejo —musitó Jones—. Tire esa pistola y entréguese. No va a poder escapar.

—¿No?

—Inténtelo. Mis compañeros nos tienen localizados a todos desde que nos reunimos en el cruce de la doscientos ochenta y siete

interestatal y la nueve nacional. Anteriormente sabíamos dónde estaba usted y sus hombres. Yo mismo los vi por la ventana de la cocina. Estamos completamente rodeados. No, no va a conseguir escapar, Myra Cracov... Saben cómo es usted, cómo viste... La han visto varias veces ya, aunque usted no lo notase. Si está viva todavía es porque queríamos asegurar las vidas de Serge y Paulowa Danowsky. Eso está hecho ya.

—¿Ésta también asegurada su vida, Jones?

—Supongo que no. Pero no me molestará seguir el mismo camino que Brian Samuels.

—Está fanfarroneando.

—Es verdad... —admitió el

«G-man»

—. Sólo un loco o un embustero puede decir que no teme morir...

—Usted va a morir.

—Está bien. Pero no escapará.

—Desde luego que sí. Le diré lo que voy a hacer. Matarlo a usted y a Serge, y luego salir de aquí con Paulowa, protegiéndome con su cuerpo, como en las películas... Lo voy a hacer... Y si disparan contra mí, la mataré.

Serge Danowsky soltó un rugido, al tiempo que intentaba saltar contra Myra Cracov. Ésta sólo tuvo que apretar el gatillo, y Danowsky, recibiendo la bala en el pecho, cayó hacia atrás, chocando fuertemente contra la pared de la cabaña.

Pero era realmente difícil abatir a un gigante del vigor físico de Serge Danowsky, y éste intentó todavía incorporarse, con evidentes intenciones de insistir en la agresión contra Myra Cracov.

La espía disparó otra vez, justo en el momento en que Paulowa, horrorizada, reaccionaba dispuesta a auxiliar a su padre, interponiéndose entre éste y la pistola de Myra Cracov.

Y en aquel momento, la pistola sonó vacía, con un «clac-clac» metálico, seco.

John Jones no vaciló ni un segundo. En realidad, estaba saltando ya contra la espía apenas ésta había efectuado el primer disparo, pero su postura en el suelo, sentado, le restó rapidez de movimientos. Y cuando sus manos se crispaban en la cintura de la espía, dispuesto a derribarla y sujetarla, Myra Cracov se volvió

hacia él y le golpeaba con la pistola en la frente, violentamente.

La presión de las manos de John Jones en las caderas de la espía se aflojó, pero no soltó su presa... todavía. Un nuevo golpe, más fuerte y rabioso que el primero, le dio también en la frente. Esta vez, sus manos soltaron la presa. Myra Cracov retrocedió un paso y volvió a golpear al

«G-man»,

que se derrumbó de bruces.

Inmediatamente, la espía dedicó toda su atención a los Danowsky, apuntándolos con la descargada pistola.

—¡No os mováis!...

No era necesario que hablase. Paulowa Danowsky, evidentemente, no pensaba atacarla. Estaba sentada en el suelo, auxiliando a su padre, que se había desvanecido; la sangre brotaba abundante de la herida del pecho.

La muchacha se quedó mirando a su madre, fijamente, inmóvil. No dijo nada. Simplemente, estuvo mirándola hasta que la espía ordenó roncamente:

—Vamos a salir de aquí... ¡Deja a tu padre en el suelo!

—No.

—¡Te digo que lo dejes!

—Ya no tiene balas... Creo que sería capaz de matarme, pero no puede hacerlo. No puede obligarme a nada. No voy a salir con usted protegiéndola con mi cuerpo. No voy a ayudarla en nada.

Paulowa Danowsky hablaba lentamente, con calma, sosegada, siempre mirando con fijeza a la espía. Y ésta comprendió que la muchacha decía la verdad. Posiblemente, ni aunque le hubiesen quedado balas en la pistola la habría obligado a obedecerla.

Myra Cracov miró desesperada a todos lados... ¿A todos lados? ¿Adónde mirar? Dos ventanas y una puerta. Y afuera, el número suficiente de hombres para que fuese completamente imposible que ella consiguiese escapar.

A menos...

¿No había dicho John Jones que la tenían localizada de antes, que la habían visto a ella y a todos, que sabían cómo vestía...?

Myra Cracov ordenó:

—Desnúdate, Paulowa.

—No.

—Sólo quiero Su falda y tu jersey.

—No.

Las facciones de Myra Cracov se desencajaron.

—¡Te digo que te desnudes!

—No.

—Escucha, Paulowa, sólo quiero pasar por entre esos hombres...

Si me ven salir de aquí corriendo, con tus ropas, creerán que soy tú, me dejarán pasar... Me basta con engañarles un minuto, a los que no hayan podido verme de cerca. Es de noche, saben que tú llevas una falda negra y un jersey rojo... ¡Me basta con tus ropas y que me dejen llegar al río...! ¡Yo haré lo demás!

—No. Y no suplique. Si tuviese balas me habría matado. Como no las tiene, suplica... Mi respuesta es NO.

Myra Cracov apretó los puños. Los dedos le dolieron sobre la pistola. Afuera todo era silencio, pero ella sabía que el círculo se iba cerrando irremediabilmente. No se acercarían mucho mientras alguno de sus hombres estuviese con vida. No tenían prisa, lo harían bien... Pero por ahora se acercaban despacio. Era el momento. El único momento en que podría engañar al

F. B. I.,

escapar por entre sus hombres, incluso recibiendo ayuda... Cuando quisieran darse cuenta ella estaría corriendo hacia el río...

La espía adelantó dos pasos, tensa, crispada. Durante un par de segundos estuvo mirando a su hija con una terrible expresión de desesperanza, de miedo...

De pronto movió la mano armada con la pistola y golpeó a Paulowa en la cabeza. La muchacha lanzó un gemido y se desplomó sobre el ensangrentado pecho de su padre.

Myra Cracov tiró la pistola a un lado y se desnudó rápidamente, quedando tan sólo con las prendas interiores. Luego desnudó a su hija, que quedó en las mismas condiciones de vestimenta y se puso la negra falda y el jersey rojo.

Era su oportunidad.

La última oportunidad.

Fue hacia la ventana, miró al exterior y se secó el sudor que corría por su frente. Sudor de angustia, de miedo..., quizá de espanto de sí misma.

Pero Myra Cracov tenía que escapar.

Puso un pie sobre le silla tras abrir completamente la ventana...

CAPÍTULO X

EL inspector Rix y el agente Warren, del

F. B. I.,

se acercaban arrastrándose a la cabaña, buscando de lado el punto de resistencia de los espías acorralados. Un ataque implacable y bien ordenado habría bastado para aniquilar a todos, pero, efectivamente, un espía vale mucho más vivo que muerto. Si lograban pillarlos por la espalda, amenazarlos o desarmarlos...

Estaban muy cerca de la cabaña, deslizándose por entre unas matas. Igual que ellos, lo estaban haciendo los demás hombres del F. B. I.,

que tomaban parte en aquella operación y que, en tres coches, habían circulado en todo momento cerca del camión de Danowsky, esperando la ocasión de intervenir.

Finalmente, los dos federales, en silencio, llegaron muy cerca de la cabaña. Se detuvieron a menos de veinte yardas de ésta y la miraron con expresión reflexiva, preocupada en realidad.

—Ahí están Jones y los Danowsky... —susurró Rix—. Cuidado con lo que pueda ocurrir, Warren... El agente no le escuchaba con mucha atención.

Estaba mirando hacia la ventana y señaló hacia allá cuando Rix todavía hablaba.

Rix también miró. Notó el movimiento de Warren alzando la pistola, pero, en seguida, le retuvo la mano.

—Quieto... Esa que sale es la muchacha... Johnny debe considerar peligroso permanecer ahí dentro... Vigila que no disparen contra ella.

Y los dos se quedaron mirando anhelantes hacia la muchacha de jersey y falda que horas antes habían identificado como Paulowa

Danowsky.

Tendido de bruces sobre las matas, Murdock hacía desesperados esfuerzos por incorporarse.

Todavía no estaba muerto, no... Podía pelear aún, hacer algo, incluso intentar escapar... Tenía la pistola en la mano, aún, y mientras no la perdiese daría trabajo a sus enemigos.

—No puedo... no puedo moverme...

Veía manchas de luz lunar a su alrededor, sombras de árboles y arbustos. Pero, de cuando en cuando, todo se oscurecía completamente.

—Me estoy engañando a mí mismo... Me han... liquidado...

Consiguió moverse un poco, casi nada. Pero suficiente para que la negrura volviera a sus ojos. No oía nada, además. Estaba ciego y sordo... ¿No era casi igual que estar ya muerto? ¿O estaba ya muerto y creía que estaba vivo...?

De nuevo volvió a ver. Miró hacia la cabaña donde había conseguido refugiarse Myra. Si consiguiese llegar a ella...

Y, de pronto, en uno de los momentos de perfecta visión, una sombra apareció en el hueco de la ventana. Una mujer. Murdock la vio no demasiado bien; sólo lo bastante para comprender que aquéllas no eran las ropas de Myra Cracov...

¡La muchacha!

La hija de Danowsky.

Eso era: la hija de Danowsky intentaba alejarse definitivamente del peligro, aprovechando el momento de calma.

Muy bien. Él iba a darle a Serge Danowsky el mayor disgusto de su vida...

La muchacha saltó la ventana mientras Murdock alzaba su pistola. La vio caer con soltura en el exterior, y mirar rápidamente a todos lados...

—¡Je, je...!

Apretó el gatillo. La vio estremecerse y retroceder bruscamente contra la pared de la cabaña, donde rebotó. Murdock disparó de nuevo, y otra vez la muchacha rebotó contra la pared, para caer en seguida, como fulminada, al suelo...

Lo que no pudo ver Murdock fue a los dos hombres que se incorporaban a menos de diez yardas de él, sobresaltados, pistola en mano... Tampoco notó los balazos que zarandearon su cuerpo,

porque, en realidad, éste ya estaba insensible...

Detrás de los troncos, Jameson y Gurley Addison se volvieron velozmente hacia donde habían sonado los disparos. Vieron a Murdock en las matas, disparando. Pero no tuvieron tiempo de pensar que lo habían creído muerto, porque, más allá de Murdock, restallaron dos pistolas y su compañero se estremeció al recibir los balazos.

Jameson y Gurley se volvieron armas en ristre hacia aquel punto desde el cual habían disparado contra Murdock, comprendiendo que el cerco, por fin, se había estrechado, cerrado de modo total.

Dispararon un par de veces, pero en seguida, de todos lados, un montón de balas partió hacia ellos, aplastándolos contra los troncos, como clavándolos en ellos...

Pocos segundos después, varios hombres cercaban por completo la cabaña. Unos cuantos se dedicaron a recoger los cadáveres de Addison, Murdock y Jameson. Otros, fueron hacia donde se dirigía el inspector Rix, acompañado de Warren, que se sujetaba el brazo izquierdo con la mano derecha.

—¿Te han dado, Warren? —preguntó Crane.

—A última hora, uno de esos malditos... Han matado a la chica de Danowsky...

—No es Paulowa Danowsky —dijo Rix, poniéndose en pie—. Myra Cracov ha muerto a manos de sus compañeros de espionaje... ¿Ha quedado alguno vivo?

—No.

—Mala suerte.

—¡Mala suerte! —exclamó Crane—. ¿Le parece que el trabajo que hemos hecho merece esas palabras?

—Entremos en la cabaña. Y quiera Dios que...

No acabó la frase. Fue hacia la puerta, entró y dio la luz. Un catre, un aparador, una librería muy vieja, escopetas y cañas por las paredes... Y, en un rincón, los Danowsky y John Jones.

—Ninguno está muerto —musitó Rix—... Pero tendremos que darnos prisa si queremos que Danowsky se salve... Taylor, mira a ver si hay *whisky* en ese aparador: reanimaremos a Johnny.

Había *whisky*, en efecto. Le dieron a Jones y a Paulowa. El primero en recobrarse fue el

«G-man»,
que, sin duda, tenía la cabeza mucho más dura que la muchacha.

—¿Qué tal, Johnny?

—Mal... ¿La Cracov...?

—Muerta. Todos han muerto. De los nuestros, Warren herido, y eso es todo. Nos vamos a llevar en seguida a Danowsky... ¿Qué pasó aquí?

John Jones miró a Paulowa Danowsky, que se estaba recuperando.

—Myra Cracov no era Myra Cracov, jefe. Más tarde le explicaré lo que ha ocurrido aquí... Quiero ser la primera persona en hablar con Danowsky, si es que se salva; tengo que arreglar algo con él.

El inspector Rix estuvo mirando fijamente a John Jones durante unos segundos. Luego miró a Paulowa, y, por fin, de nuevo a Jones.

—Entiendo, Johnny... Y así se hará.

ESTE ES EL FINAL

OYERON la llamada a la puerta del apartamento los dos a la vez. Pero Serge Danowsky todavía no estaba en condiciones de moverse, a menos que existiese una absoluta necesidad.

—Llaman, Pauly.

—Ya lo he oído, papá...

Paulowa Danowsky salió de la cocina, dirigiéndose hacia la puerta. Danowsky estaba sentado en su sillón favorito. Ya le habían quitado los últimos vendajes del pecho y se sentía desahogado, ligero, cada día más fuerte, de nuevo.

La muchacha abrió la puerta. Y, desde su sillón, lo primero que vio Serge Danowsky fueron las flores. En seguida sonrió. Luego vio a John Jones, el único tipo que le aventajaba en estatura de cuántos conocía y trataba.

—Papá, ha... ha venido el señor Jones... Paulowa acabó de abrir la puerta y el

«G-man»

entró, un poco confuso. Ella cerró y el patilargo se quedó como si temiese darse de cabeza contra el techo de un momento a otro.

—¿Cómo... cómo está, Danowsky?

El polaco miró a su hija, la cual estaba mirando el «muy interesante» panorama del suelo, y añadió:

—Muy bien, Johnny. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Oh...! Esto... Bueno, yo tengo algo que decirles... Sí, eso es exactamente: tengo algo que decirles...

—Qué bien... ¿Se quedará a cenar?

El

«G-man»

miró de reojo a Paulowa Danowsky.

—Yo temo... temo que ya he cenado aquí demasiadas noches, señor Danowsky.

—No importa. También se ha gastado algunos centavos en flores, ¿no?

John Jones comenzó a carraspear fuertemente.

—Es acerca de Myra Cracov...

Los Danowsky se quedaron mirándole fijamente. Paulowa no pudo ver la complicidad que hubo en el intercambio de miradas entre su padre y el

«G-man».

—¿Qué supieron de ella? —musitó Danowsky.

—¡Oh!, pues... Bueno, ella era una mujer que utilizó el nombre de su esposa, señor Danowsky...

—¡Ella era mi madre! —exclamó Paulowa.

John Jones suspiró profundamente.

—No, Paulowa...

—¡Era mi madre! ¡Y quiso matar a mi padre, y a usted, y a mí misma! ¡Y mató a un agente del

F. B. I.,

y a un buen amigo, al pobre Richie...! ¡Y Dios sabe a cuántas personas más mató...! ¡Era una asesina!

John Jones tragó saliva. Sentía la angustiada mirada de Serge Danowsky fija en él. Por encima de todo, Paulowa tenía que convencerse de que su madre no había sido una asesina...

—Ella no era Myra Cracov, Paulowa... Solamente utilizó el nombre de ella durante su estancia en Estados Unidos, por si hacíamos averiguaciones respecto a una ciudadana polaca llamada Myra Cracov. No sé si su padre le habrá dicho que esa mujer le conoció en Polonia y que, por eso, al saber que él estaba en Nueva York, lo utilizó para esconderse, del mismo modo que estaba utilizando el nombre de su madre... Pedimos informes a nuestros agentes de Europa, especialmente a los de Alemania... Consta el acta de defunción de Myra Cracov, en Varsovia, hace quince años... Eso significa, naturalmente, que la mujer que usted ha conocido con el nombre de su madre no era su madre... Tan sólo era una espía soviética.

—No es cierto... ¡Me está engañando!

—¿Por qué habría de engañarte Johnny? —susurró Danowsky—.

Al fin y al cabo, te está diciendo lo mismo que te dije yo: la mujer que tú conociste era polaca, yo la conocía de tiempo antes, y se presentó a mi diciendo que tenía que llamarla Myra Cracov, me amenazó con matarte, con matarnos a los dos si no la obedecía... ¿Qué podía hacer yo?

—Entonces..., ¿no era mi madre? —suspiró Paulowa.

—Sólo una espía soviética —insistió Jones.

Paulowa Danowsky quedó pensativa y su padre aprovechó la ocasión.

—¿Se queda a cenar, Johnny?

—Es que yo... yo quería algo más que eso, señor Danowsky...

—¿Sí? ¡Caramba...! ¿Y qué es ello?

—Pues... Eee... ¡Vaya!, a mí no me importaría que mis hijos llevaran sangre polaca... Quiero decir que me alegraría, o sea que yo... Es decir, que quisiera saber...

Paulowa Danowsky corrió hacia la cocina y los dos hombres se echaron a reír, el

«G-man»

un poco nervioso.

—De momento, Johnny —insinuó Danowsky—, puedes quedarte a cenar. Lo demás no es cuenta mía. Lo único que puedo decirte es que Pauly me dijo no hace mucho que le gustaba un tipo más alto que yo... ¡Demonios! ¿Conoces tú algún tipo más alto que yo?

John Jones se echó a reír, como si fuese el tonto más tonto de todos los tontos que viven, a pesar de ser tontos.

Paulowa, radiante la expresión, esperanzada, apareció en la puerta de la cocina, todavía con el ramito de flores en una mano, y preguntó:

—Entonces..., si aquella mujer no era la verdadera Myra Cracov..., si no era mi madre..., ¿quién era?

John Jones dirigió una rapidísima mirada a Serge Danowsky, y de nuevo los dos hombres se entendieron.

—Un cadáver no identificado.

FIN

EDITORIAL ROLLAN
le ofrece su novela
preferida...

EXTRA-OESTE

COLECCION *Romance* ★

OESTE

RURALES
de **TEXAS**

PATRULLA
DE COMBATE

FBI
Selecciones
FBI

LA COLECCION
SIN RIVAL



Editorial Rollán, S.A.
Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

